

**P**UENTES  
**DE** **M** **APEL**



  
**Caterina Gravina**

**P**UENTES  
DE **M** **APEL**



**Caterina Gravina**

Título original: Puentes de papel  
Copyright: © 2018, Caterina Gravina  
Primera edición: abril 2018  
Segunda edición: septiembre 2018  
ISBN: 978-84-09-00828-5

Diseño de portada: © José Antonio Moreno  
Edición y maquetación: © José Antonio Moreno  
Impresión y encuadernación:  
([www.estugraf.com](http://www.estugraf.com))  
Printed in Spain-Impreso en España

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o autores o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es mera coincidencia.

© Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor o autores. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

*A mis padres por enseñarme el valor de perseverar hasta encontrar.*

*A mis hijas que siempre me han apoyado en esta labor de ir tras mis sueños.*

*A José Antonio Moreno, gran escritor y amigo, que ha hecho posible la publicación de esta obra.*

*A todos... Gracias infinitas.*

# 1

Hoy es un día como todos los demás, común, rutinario..., de esos en los que sólo te apetece quedarte arropada sintiendo cómo la manta te acaricia la nariz. Ha llovido toda la noche sin parar y esa jodida gotera que martillea el cubo que coloqué hace un par de días junto a la mesa de la cocina ha perturbado mi descanso. ¡Uff, vaya nohcecita que me ha dado la muy puñetera!

He cerrado los ojos en torno a las cuatro de la madrugada y, durante una hora y media, he dormido como un lirón. Hasta entonces, la lluvia se había encargado de atormentarme con el único propósito de convertirse en mi compañera de cama más fiel.

A las cinco y media, una punzada en la frente me ha obligado a abrir los ojos. Asustada, he observado entre las sombras hasta que me he vuelto a quedar dormida.

Un cuarto de hora más tarde, justo cuando el sol comenzaba a desperezarse tímidamente en el horizonte, mi mente se ha negado a mantener a mi cuerpo en ese estado letárgico y somnoliento con el que tanto estaba disfrutando después de pasar casi toda la noche en vela.

Como una autómata, he cruzado la habitación arrastrando los pies hasta colarme en el baño, ese reducto destartalado en el que los azulejos se caen de viejos y el suelo está tan frío como un témpano de hielo.

Frente al espejo, bajo la luz tenue que desprenden los viejos focos del techo, he observado que tengo tres surcos profundos en la frente que nunca antes había visto.

¡Maldita sea, los años están haciendo estragos en mi cuerpo!

El maquillaje siempre ha sido mi fuente de poder, pero ¿será lo suficientemente compacto como para disimular esas zanjas graníticas que, como surcos en la tierra, han horadado mi piel? Es cierto que una mujer con la cara limpia puede ser igual de hermosa que una mujer que está bien maquillada, pero... ¡Ay, Diosss!

También tengo patas de gallo, un granito en la nariz y... ¡Joder, ¿qué maldición me han echado esta noche?!

Hoy tengo que ir, sí o sí, a comprar un maquillaje más espeso porque los años están haciendo una fiesta con mi cuerpo y... ¡Bah, da igual! Dejémoslo

simplemente en que me estoy arrugando poco a poco como una pasa, sobre todo, desde que Brian se fue. Será cabrón...

Tras unos segundos de desconcierto en los que mi mente no ha dejado de atormentarme con las arrugas y los últimos días que compartí junto a mi exmarido, he deshecho mis pasos y me he dejado caer pesadamente sobre el colchón. Menos mal que Brian ya no duerme al otro lado porque, de lo contrario, hubiera terminado colgando de la lámpara.

¿Cuánto tiempo hace que se fue?

Pff, yo qué sé...

A estas alturas de mi vida, él es ya sólo un recuerdo pasajero, una piedra en el camino de baldosas amarillas que supuestamente te lleva hasta la felicidad y con la que no deseo tropezar nunca más.

A pesar de que aún no he conseguido olvidar cada lunar, cada peca, cada arruga de su piel, me niego a que su imagen siga inquietándome cada noche cuando me dejo llevar por la maravillosa y narcótica ilusión de mis sueños.

Después de compartir más de dos décadas con Brian, años en los que los momentos felices fueron escasos y los sinsabores grandiosos, me siento libre. ¡Libre como una paloma mensajera que surca los cielos sin temer a las inclemencias del tiempo!

Bueno, eso de que no temo a las inclemencias del tiempo no es verdad. Sobre todo, desde que una jodida gotera me abrumba cada vez que el cielo decide descargar esas pesadas lágrimas que a mí me robó hace tiempo. ¡¿Quién en su sano juicio puede soportar el sonido tenebroso que producen las gotas al caer en el interior de un cubo?!

Con paso decidido, después de envolverme en una pesada chaqueta de punto de color beige, bajo hasta la cocina para prepararme un café, ese bálsamo para el corazón y el espíritu que cada mañana estimula las células de mi cerebro.

Mientras limpio los charcos que ha dejado la gotera.

—¡Maldita sea mi estampa! ¿Por qué no puse anoche un cubo más grande?—, mi humilde morada se va impregnando poco a poco con ese aroma a moca recién molida.

Mis papilas saltan impacientes mientras la vieja cafetera plateada que perteneció a mi madre va perfumando la cocina con una vaporosa fragancia que es incluso más deliciosa que el sabor de un millón de besos. Matizo... La vaporosa fragancia del café es tan exquisita como un beso, siempre y cuando ese toque violento, o no, que mutuamente se dan dos personas en la cara, en

la boca o en cualquier otra parte del cuerpo, no esté cargado de babas como las que Brian me dejaba por la piel cada vez que sucumbía a mis exigencias y me entregaba uno de sus besos por pena.

Abro una de las alacenas y cojo una taza, la mía, la única que sólo yo toco, esa que compré en el bazar de la esquina una mañana que me dio un arrebató y decidí invertir unas monedas en mí, y la deposito con cuidado sobre la mesa.

El tic tac del reloj me acompaña mientras preparo el desayuno para mis hijos, esos adolescentes magníficos que no saben hacer otra cosa más que protestar cuando el despertador les avisa que es hora de ir a estudiar.

—¡Derek, espabílate!—vocifero con nerviosismo, asomando la cabeza por el hueco de la escalera.

—¡Voy!

—¡Michael! ¿Has oído lo que le he dicho a tu hermano?

—Estoy aquí, mamá—anuncia con seriedad, bajando pesadamente el último tramo de las escaleras con un libro bajo el brazo.

Poco después de engullir un croissant con mantequilla y mermelada de cerezas y recoger sus mochilas, la casa se queda vacía. La maldita gotera vuelve a martillar el cubo, acelerando mi pulso otra vez.

Azorada, me acerco a la ventana y veo cómo Derek y Michael caminan bajo el paraguas.

A día de hoy, todavía me asombro cada vez que observo la tranquilidad con la que mis hijos recorren el barrio que los vio nacer y que hoy se ha convertido en todo un escenario de la mejor película de guerra al estilo Steven Spielberg.

Nunca hubiera podido imaginar que esas plazas donde fui tan feliz bailando con mis amigos hasta el amanecer y donde permanecíamos horas charlando incluso después de que los músicos terminaran su función, pudieran transformarse caóticamente en lo que son hoy: amasijos de hierros, cascotes, basura y putrefacción.

¿Dónde se quedaron aquellas tardes en las que el vecino de toda la vida te ofrecía un café en la puerta? ¿O aquellas noches en vela que pasábamos bajo las estrellas sin miedo?

Aún recuerdo cada vez que «La Flaca» —así le llamamos a mi hermana cariñosamente por su extrema delgadez— y yo nos asomábamos al mirador que tenía la casa de nuestra amiga Clare para disfrutar de los pequeños asentamientos que había al otro lado de la montaña. O cómo nos íbamos

turnando para sentarnos en la butaca de cuero desgastado de su abuelo para observar cómo el sol se ocultaba en el horizonte y era engullido por el mar.

Hoy, sin embargo, todo aquello es tan sólo el escenario de las peleas entre bandas armadas y el espacio donde el silbido de las balas ha arrebatado la vida a más de un inocente.

¿Quién fue el artífice de que todo cambiara? Ni yo misma lo sé. Y, aunque parezca mentira, esa es otra de las muchas cosas que me angustian porque, a pesar de que Derek y Michael son ya unos hombrecitos, para mí nunca dejarán de ser unos niños.

Todo el mundo cree que mis hijos son mellizos, cuando, en realidad, se llevan un par de años; veintitrés meses y catorce días para ser exactos.

Derek es el mayor. Jooo, ¿por qué ha tenido que crecer tan rápido? La última vez que le compré unas zapatillas para su clase de gimnasia me asusté tanto que casi me da un patatús en mitad de la tienda de deporte. Calza un cuarenta y tres y medio. Sí, sí. ¡Un cuarenta y tres y medio! Pff, como siga así, cualquier día se queda dormido de pie y no se cae.

A Derek le gusta el fútbol. Últimamente, su cuerpo ha experimentado un gran cambio. Es alto, de hombros robustos, bíceps marcados y piernas atléticas.

Michael es el intelectual. Los libros se han convertido para él en una obsesión desde que su padre se fue de casa. De eso hace ya dos años. Desde entonces, mi hijo se ha encerrado en su propio mundo y prefiere compartir sus sentimientos con los personajes de sus libros en lugar de enfrentarse a sus miedos y decir lo que piensa. Su cuerpo está ya despuntando y amenaza con ser incluso más apuesto que su hermano.

A las ocho y cuarto, después de tomarme otro café, el segundo, el que consigue cada mañana ponerme en marcha para todo el día, y tras más de un cuarto de hora frente al espejo tratando de disimular esas horribles arrugas de la frente con el corrector, me adentro en esa jungla de concreto, en esa abigarrada y perturbadora maraña de ruido, caos, miedo e insalubridad en la que se ha convertido esa ciudad que me acogió de pequeña.

Recuerdo que tenía tan sólo cinco años cuando me mudé a la gran capital. Por aquel entonces, todo para mí era color de rosa. Las calles estaban siempre limpias, impolutas diría yo, y la risa de los más pequeños adornaban cada tarde los parques de la ciudad. La alegría era el garante de grandes y pequeños, del cartero, del repartidor de butano e incluso la de los banqueros estirados que, con la corbata apretando sus cuellos, sonreían abiertamente

aunque te estuvieran negando un préstamo.

No tengo más remedio que aceptar, aunque bien es verdad que lo hago con poco entusiasmo, que aquella ciudad fascinante donde parecía haber felicidad en todas las esquinas ha cambiado. La tranquilidad de antaño ha sido sustituida por el ruido, las prisas y el caos. Los autobuses viajan a contrarreloj y los motoristas improvisan recorridos zigzagueantes entre los coches. Su rebelión está triunfando en casi todas las vías; sobre todo, en aquellas en las que los controles obligan al resto de vehículos a mantener a raya la velocidad para que no les llegue una multa.

Me gustaría alejarme de esta ciudad, ir a vivir al campo para contar cada noche, una por una, todas y cada una de las estrellas que brillan en el firmamento; para sentirme libre, segura, tranquila y en paz. Sin embargo, no puedo. Mi vida, mi familia y mi trabajo, ese que a duras penas nos da para comer, están aquí. Así que, de momento, me tengo que resignar. Lo mismo que hago cada mañana cuando el coche no arranca.

Hoy, por descontado, es una de ella.

—¡Vamos, pequeñín! ¡Ya sabes lo que tienes que hacer! Brum, brum... —le digo entre dientes mientras intento acelerarlo.

El muy puñetero se niega a arrancar. Hace un mes que se le rompió una pletina de la bomba de gasolina. «Algo simple y sin importancia» en palabras del mecánico, pero que me deja tirada cada dos por tres.

—Mark, mira a ver si puedes hacerle un apaño al coche—recuerdo que le dije hace un mes al mecánico—. Al menos hasta que pueda...

—Suzanne, tiene más de veinte años y pide a gritos que lo dejes descansar para siempre. No le queda mucho tiempo de uso. Diez días, veinte a lo sumo.

—Joder, parece que ya le estás dando la extremaunción.

—Simplemente te estoy avisando.

—Vale, vale. Me hago cargo. Pero de momento no puedo hacer nada.

No sé cuándo voy a poder librarme de esta tartana. Joder, por más que lo intento, por más esfuerzos económicos que hago, siempre surge algo que me impide enfrentarme a un pago a plazos para adquirir el vehículo que tanta falta me hace para desenvolverme con soltura por la gran ciudad.

*Brrrrr... brrrrr... bbbrrrrrrrrrrrrrrrrrrrr... brrrrrrrrrrrrrrrrrrrr...*

—¡Mierda!

Joder, el coche no arranca y se me hace tarde...

Afortunadamente, cuando creo que mi desesperación va a rozar el sumun

de la impotencia, Lexter, el marido de mi hermana y mejor amiga, el que cuida cada día de ella para que no le falte un detalle, aparece como si lo hubiera atraído con mi pensamiento.

Hoy lo veo diferente. Está más atractivo. Creo que esas carreras matutinas han hecho que su abdomen se defina y sus piernas largas, torneadas y firmes estén cada vez más fibrosas.

Sudoroso, veo cómo abre el capó delantero para revisar la batería.

Mi cuerpo comienza a hervir cuando su camisa mojada detalla el pectoral firme y los cuadrados que, como onzas perfectas de chocolate, definen la estructura de su abdomen.

Definitivamente, a «La Flaca» le tocó la lotería con su marido. ¿Por qué yo no he tenido la suerte de conocer a un hombre como Lexter?

Cada mañana, Lexter se despide de mi hermana con un beso en los labios; un beso que la toma por sorpresa y que la deja sin aliento. Habitualmente, y lo sé porque alguna vez he tenido la oportunidad de verlo con mis propios ojos, mi cuñado recorre el cuello de mi hermana con sus anchas manos, ejerciendo presión en su errática yugular mientras la provoca con sus labios cremosos y su lengua se abre paso entre sus dientes, incitándola, subyugándola con sus bordes carnosos.

«La Flaca» se deshace como un helado a pleno sol cada vez que él la envuelve con sus poderosos brazos tatuados casi hasta los codos.

Esos bíceps, que Lexter ejercita cada tarde en el gimnasio llevándolos al límite en un proceso increíblemente complejo de entrenamiento interválico de alta intensidad y de dolorosa hipertrofia muscular mientras que mi hermana y sus tres hijos se enfrentan a la rutina de revisar los deberes y completarlos, me vuelven loca.

—Suzanne, deberías de plantearte...

—Debería de plantearme muchas cosas, Lexter—suelto casi sin respirar. Yo soy así: impulsiva, apasionada, vehemente e impetuosa, y no lo puedo evitar—. Lo sé.

—Cualquier día este coche te va a dejar tirada en una cuneta...

—Y tú vendrás a buscarme.

Lexter se pasa las manos grasientas por la frente, esa superficie brillante que se extiende por toda su cabeza hasta la nuca, y me mira con sus ojos grises, enigmáticos y profundos. Observarlos hace que mi mente sueñe con ese beso que tanto ansío. Creo que mi sonrisa no disimula la picardía de mis pensamientos cuando mis ojos se fijan en un punto concreto, en esa peca tan

sugerente de su cuello, en esa diminuta cicatriz que tiene en el mentón, en esa... ¡Ay, Suzanne, por favor! ¡Ya vale!

Céntrate...

—¡Ja!—resopla mi cuñado al cabo de unos segundos en los que mis ojos no se han desviado, ni un ápice, de los suyos.

—Eso mismo digo yo, Lexter. ¡Ja!

## 2

«La Flaca» y yo siempre quisimos vivir cerca para ayudarnos. Eso fue algo que continuamente habíamos soñado de pequeñas y que conseguimos cumplir cuando nos casamos. ¡Cuánto agradezco esta decisión!

—Suzanne, acompáñame—oigo que me dice mi cuñado.

—¿Adónde?—respondo abriendo los ojos de par en par.

—A casa.

—«Contigo sería capaz de ir al fin del mundo; al más allá si hiciera falta».

—Ehm... ¿estás..., estás seguro? —tartamudeo. Todavía no sé por qué las palabras se me atascan en la garganta cada vez que estoy con él.

—Vamos, Suzanne—me dice quitándose la camiseta. Mis ojos casi se salen de las cuencas—. Dame un minuto para cambiarme y te llevo al trabajo.

— Veo cómo sus piernas torneadas se mueven con agilidad al subir la escalera y me recreo en la curva de su espalda, que, desde mi posición, parece una pista de carreras. Una gota de sudor corre a mayor velocidad que el resto colándose por debajo de la cinturilla del pantalón. ¡Mmm, quién fuera gota para acariciar esa parte tan esponjosa de ese cuerpo! Durante un par de minutos, tres a lo sumo, oigo un constante abrir y cerrar de cajones en el piso superior. Sin duda, Lexter estará buscando la camiseta precisa que le marque esos músculos de infarto con los que siempre martiriza al algodón.

—Mientras lo espero, me acerco a la cocina y bebo un poco de agua helada. Necesito calmar el sofocón que me produce imaginármelo con esos vaqueros que aprietan su gran masa varonil y se ajusta a sus piernas como el látex. Uff, mejor me sirvo otro vaso de agua para aliviar mi sofoco y no ahogarme cuando lo vea otra vez.

—Suzanne, estoy listo.

—Sí, ya te veo...—suspiro soltando enérgicamente todo el aire que atesoran mis pulmones.

—Cuando nos adentramos en la jungla de concreto en la que se ha convertido la ciudad, no puedo creer el tráfico que hay. No es normal. .

—¿Te importa si enciendo la radio?—me pregunta Lexter.

—Ehm..., sí. Bueno, no, pero...

—Te explicas como un libro abierto. ¿De verdad que no te apetece oír un

poco de música?

—¿Más?

Una moto, a nuestra izquierda, acaba de rugir precipitándose con una velocidad frenética por el arcén.

—¡Será cabrón!

—Luego dicen que hay muchos accidentes.

—Ya te digo—suspiro enterrándome en el asiento. Siento que tengo una bomba de relojería en el pecho.

—Agradezco cuando Alejandro, el reportero de la emisora Éxitos 90.5 FM que sobrevuela la capital en un helicóptero, interrumpe la balada *All of Me* que interpreta a la perfección John Legend para anunciar que un camión de carga se ha volcado en mitad de la autovía obstaculizando todos los accesos a la gran ciudad.

—Vaya—protesta Lexter—. Creo que nos va a tocar esperar a que las autoridades hagan su trabajo.

—Me muerdo el labio inferior con desesperación. Mi suerte no podía ir peor esta mañana. El humo del tubo de escape que deja el transportista que va delante del coche de Lexter me produce una fuerte tos que me ahoga cuando se cuele por el sistema de ventilación.

—Suzanne, ¿te encuentras bien?

Unas palmaditas de Lexter sobre mi espalda me recuperan momentáneamente. Su mano golpea mi espalda y mi garganta se aclara. Sin embargo, el calor que desprende me nubla otra vez los pensamientos y produce efectos indeseados en mi cuerpo. Empiezo a temblar, a sudar, a hiperventilar... Un calor errático, provocativo y ponzoñoso se instala entre mis piernas, obligándome a apretarlas para controlar la descarga que acaba de explotar justo allí donde un hombre no me ha tocado desde que... ¡Ay, joder, da igual! La cuestión es que siento un calor insoportable, traumático quizás, y me veo en la necesidad, más que en la obligación, de bajar a toda prisa la ventanilla del coche para tomar aire y bajar los niveles de calentura interna.

—Afortunadamente, quedan pocos kilómetros para llegar a mi trabajo.

—Suzanne, ¿qué haces?

—Necesito un poco de aire—respondo acelerada y acalorada a partes iguales.

—Oigo como mi cuñado empieza también a toser.

—Ese humo me va a matar.

—¿A ti?—le pregunto.

—Lexter me mira de soslayo y mis bragas se ponen a temblar.

—Por supuesto—declara con voz bronca, demasiado pastosa para la musicalidad con la que sus palabras suelen acariciar mis tímpanos.

¿Por qué soy tan impulsiva? ¿Por qué no me habré quedado callada? Soy incapaz de encontrar respuesta a mis propias preguntas así que, para disimular, aprovecho a tararear el estribillo de la canción que ahora suena en la radio, un clásico de los ochenta donde lo único que logro entender sobre el rugido descontrolado del motor es al coro que dice:

«*I'll love you untielternity<sup>1</sup>*». No soy capaz de captar más palabras. Mis conocimientos de inglés son pésimos. A día de hoy, todavía me arrepiento de haberme escapado de las clases.

—Vamos Suzanne. Ya hemos llegado.

—¿Ya?—Abro los ojos de par en par.

—Sí. Si no me equivoco, ese de ahí es el edificio donde trabajas casi todos los días, ¿no?

Miro hacia el frente y veo la imponente torre de cristal en la que recorro miles de kilómetros en vertical todos los días.

—Ehm..., sí —declaro tras unos segundos de profunda y necesaria reflexión—. Gracias.

—Las que tú tienes.

—¿Cómo dices?

Una moto acaba de pasar con la velocidad de una flecha a nuestra izquierda. El rugido del motor no me ha permitido captar bien las palabras de Lexter.

—Olvídalo.

—Sí, será mejor...

—Oye, Suzanne. Dime una cosa. ¿Te ocurre algo?

—¿Por qué lo dices?

—No sé. —Siento cómo me coge la mano. Su lividez y las continuas miradas hacen que la situación se vuelva embarazosa—. Hoy te noto un poco distraída. ¿Tienes algún problema?

—Ehm..., no. Bueno, tal vez... No me ha dado tiempo a decir que sí. Sin esperar, sus labios han rozado los míos, su lengua se ha abierto camino y... ¡Ay, Dios, Suzanne! ¿Qué está pasando?

El beso es voraz, animal, de esos que te dejan sin aliento. Los cremosos labios de Lexter han hecho ventosa con los míos. Son puro fuego; una

tormenta de pasión encendida que hace que mi cuerpo tiemble de excitación. Su apasionada urgencia me inmoviliza hasta que mis pensamientos vuelven a saltar en mi cabeza indicándome que tengo que alejarme de él.

—Lexter... ¡Lexter! ¡¡Lexter!! —grito acalorada haciendo presión con el talón de mis manos en su pétreo y rígido pectoral.

—Suzanne... —susurra junto a mi oreja. Su aliento caldeado me envuelve provocativamente y me hace temblar.

—Lexter, por favor...

—Dime, muñeca. —Siento cómo me acaricia el cuello, justo allí donde la yugular late errática a pesar de la efervescencia con la que la sangre bulle en mi interior.

—Esto no es justo para...

—¿Para «La Flaca»? —me dice alzando la ceja izquierda con sus picacia.

—Sí—balbuceo nerviosa. Soy un mar de nervios.

—Daría lo que fuera por besarte otra vez, por acariciarte, por...

—Mu..., mu..., muchas gracias por traerme —le interrumpo, aunque ello implica dejarle con la palabra en la boca, algo que a mi cuñado le fastidia muchísimo. Sin embargo, tengo que actuar así porque cada vez que me mira y eleva el labio superior para esbozar una sonrisa, todos mis sentidos amenazan con dar rienda suelta a esa loca y apabullante idea de besarlo y acariciarlo.

—¡¡Suzanne!! No respondo. Me limito a cerrar la puerta con fuerza, como si una bestia hubiera despertado dentro de mí.

—Estoy loca. Lo sé. Loca por desear a ese atlante que cada noche se acuesta con mi hermana y que tiene una belleza que, si fuera pecado, ya me habría condenado al fuego eterno porque hace años que no he podido dejar de admirarla.

—Abrumada, miro hacia el suelo y camino con decisión. Siento como si los colores de mis mejillas estuvieran calentando el pavimento. ¡Uff, parezco una adolescente! Entro a toda prisa en MG Asociados, una torre de dieciocho pisos donde trabajo como ascensorista desde hace cinco años.

—Con la respiración entrecortada por lo ocurrido, saludo a mi compañera Judith que, junto a la puerta del vestuario, coquetea con Abraham, el mozo encargado de supervisar las calderas. Ambos tuvieron un pequeño affaire hace un año, algo sin importancia, pero la llama aún se mantiene viva.

—Luego nos vemos—oigo que le dice a modo de despedida. Judith le guiña un ojo a Abraham y se mete conmigo en el vestuario.

—Suzanne, ¿estás bien?

—¿Por qué lo preguntas?

—Has entrado como una exhalación y no has dado ni siquiera los buenos días. Eso no es habitual en ti.

—Buenos días, Judith—dijo forzando una mueca con los labios—.

¿Así está bien?

—No. Sigue intentándolo.

—Judith, por favor... Hoy no estoy para tonterías.

—Bueno, eso no es nuevo.—Pone los ojos en blanco—. Cuéntame qué te pasa. Te noto un poco nerviosa.

—Estoy muy nerviosa.

—Uff, y preveo que en cualquier momento te va a dar uno de tus ataques... ¡Qué miedo!

—Vete al cuerno.

—Ay, Suzanne. Yo soy de las que prefiere ir a la gloria... Espabílate. Como sigas así, no vas a llegar a vieja.

—Eso no me ha hecho ni pizca de gracia.

—Lo sé. Vamos, colócate el corbatín y déjame que te invite a un café.

—Será el tercero.

—No te preocupes, Suzanne. Lo edulcoraré con un poquito de paciencia y tranquilidad. La justa para que puedas contarme qué narices te pasa hoy.

—En otro momento, Judith. Aún tengo que fichar y...

—Como quieras. Luego nos vemos. Chao.

—Judith sale del vestuario y me quedo sola. Mi corazón aún martillea en mi pecho, desbocado, intranquilo, excitado por el beso que me acaba de dar Lexter. Respiro hondo, me coloco la chaqueta con el símbolo de la empresa, me miro en el espejo para comprobar que mi uniforme está presentable, cojo mi acreditación y voy a fichar a recepción. Hoy es uno de esos días donde se divisa la ciudad capital a través del vidrio panorámico del ascensor. Los nubarrones negros que han descargado su furia durante toda la noche han comenzado a alejarse y ya sólo se aprecian en el horizonte, sobre el monte Aliva. Su fresco verdor es el único elemento que me permite reconciliarme con esa jungla de concreto en la que vivo y con ese tormento que se ha generado en mi pecho tras el inesperado beso.

—Estoy pensando en ello cuando la voz ronca y profunda del gerente administrativo de Lumex, una pequeña empresa de marketing empresarial que se ha instalado recientemente en uno de los despachos de la planta

dieciocho, me dice:

—Buenos días, Suzanne. ¿Despegamos?

—Por supuesto, señor Louis. Abróchese bien el cinturón—bromeo—. El cohete está calentando motores. Enseguida activo el botón de la autopropulsión.

—Diez, nueve, ocho... —enumera con una divertida sonrisa dibujada en los labios.

—¡Allá vamos! —anuncio cuando el habitáculo acristalado comienza el ascenso.

—La ciudad vuelve a hacer su aparición. A través del cristal, el señor Louis y yo observamos la capital con expectación. Atravesamos las nubes cuando el ascensor alcanza la planta quince. A nuestros pies, una algodonosa superficie grisácea amenaza con limpiar la polución ambiental.

—Cuando el ascensor se detiene, siento que el estómago me da un vuelco.

—Creo que ya hemos llegado a la luna—susurra el señor Louis.

—Sus delgados labios esbozan una sonrisa triunfal.

—Ehm... ¿Cómo dice?

—Houston, Houston... —sonríe.

—Discúlpeme, señor Louis.

—¿Por qué?

—Por no darme cuenta de...

—Olvídelo, Suzanne. Le deseo un buen día.

—Gra..., gracias —consigo articular. La saliva no me permite decir nada más. El beso de Lexter sigue muy presente en mis pensamientos... *<sup>1</sup>I'll love you untileternity: en inglés, «te voy a amar hasta la eternidad».*

### 3

Ya es la hora del deseado descanso... ¡Bien!

Afortunadamente ha llegado ya porque el rugido descontrolado de mi estómago estaba a punto de interrumpir la animada conversación que desde hace unos minutos están manteniendo los gerentes de producción de Martell, una de las empresas de domótica que hace dos años se instaló en la planta catorce.

—Lo..., lo siento —musito avergonzada, colocando las manos sobre el abdomen para controlar los borborismos que producen mis tripas.

—¿A quién no le han rugido alguna vez las tripas en el momento más inoportuno?

Si alguien está pensando en decir «nunca», estoy convencida de que está mintiendo.

—No se preocupe, Suzanne—me dice el más joven, guiñándome un ojo con picardía—. A estas horas yo sería capaz de comerme una vaca entera.

—Miro el reloj. Son casi las tres de la tarde. Yo no sé si podría comerme una vaca entera, pero estoy convencida de que a un buen entrecot con sus verduritas asadas y sus patatas fritas no le haría ascos en este momento.

—Lo confirmo—comenta el otro alzando las cejas con suspicacia—. Con lo que come este hombre, podría engullir una ballena y no dejar ni los huesos para que usted o yo los chupemos.

—Sonrío.

—¡Raimond, no exageres! Como bastante, pero eso no es para que...

—Suzanne, hágame caso—susurra acercándose a mí por detrás—. Una ballena es un aperitivo para él.

—Cuando el ascensor se detiene, suspiro aliviada.

—Muchas gracias, Suzanne—me dice Raimond—. Disfrute de la comida.

—Lo mismo le digo.

—Con picardía, su compañero se despide de mí.

—Nos vamos. Trataré de que este glotón no se coma la vaca. —Me guiña el ojo—. O, al menos, intentaré que te deje un buen entrecot. Las verduritas y las patatas te las prepararé yo, ¿vale?

—Ehm...

—Que tengas un buen día—me dice para terminar, lanzándome un beso

cuando llegan al *hall* principal.

—Abrumada, me quedo paralizada junto al ascensor.

—¡Qué vergüenza, joder! ¡Qué vergüenza!

—Vergüenza ¿de qué? —pregunta Judith acercándose a mí.

—¿Por qué soy tan inconsciente? ¿Por qué siempre suelto todo lo que pienso en voz alta?

—¡Joder, menudo susto me has dado!—Me llevo la mano al pecho. Mi corazón late desbocado, como si una manada de elefantes africanos estuviera huyendo de los disparos de los cazadores furtivos.

—Booo... Me llevo la mano al pecho otra vez. Judith, a veces, es incansable.

—Ya vale, por favor...

—¿Qué te pasa?

—No te había visto llegar.

—Pero yo sí. —Judith inspira profundamente y, tras un incómodo silencio, alza el rostro hacia mí y me dice—: Estoy convencida de que a ti te pasa algo, Suzanne. Te aseguro que tarde o temprano lo voy a descubrir.

—Genial—resoplo pensando otra vez en el beso que me ha lanzado uno de los gerentes de Martell y en ese beso apasionado, impulsivo y ardiente que me ha dado mi cuñado esta mañana y que ha descolocado todos mis biorritmos. Dicen que una mujer hermosa debe tener una piel saludable, una personalidad encantadora, confianza, atractivo sexual, inteligencia, sentido del humor... ¿Tengo yo hoy el guapo subido a pesar de que mi piel no está en su mejor momento y mi ánimo está por los suelos? Sobre el atractivo sexual y la inteligencia, mejor no hablar.

—Suzanne, por favor. Dispara de una vez si no quieres que...

—Uno de los gerentes de Martell acaba de lanzarme un beso.

—Buah, seguramente estaría haciendo una mueca y tú has pensado que era otra cosa.

—Y, un hombre me ha mojado las bragas esta mañana—digo casi sin respirar.

—¿Qué?! Judith abre los ojos de par en par. Parecen dos huevos fritos.

—Shhh, baja la voz. Nos está mirando todo el mundo.

—¿Y qué más da? Quiero que me cuentes con pelos y señales cómo ha sido y, sobre todo, quién ha sido el hombre que ha sacado a tus bragas del dique seco.

—Puede haber sido una mujer —le digo por importunarla.

—Ay, Suzanne... Tú misma te acabas de delatar hace un momento. Recuerda que has dicho textualmente: «Y un hombre me ha mojado las bragas esta mañana». Fíjate si me he enterado bien, que no he omitido ni tan siquiera la «y».

—Judith, déjalo, por favor. —Al ver cómo su cara cambia de color y pasa del rosa pálido al azul más intenso, añado—: Era una broma.

—Mi amiga es la única persona que sabe por todo lo que he pasado últimamente y la única que conoce todo lo que me ha hecho Brian. Aún tengo muy presente la noche en la que apareció ebrio de madrugada. Eran las cuatro y siete minutos para ser exactos. Llegó a casa muy alegre, pero no precisamente para verme, sino por las tres botellas de tequila que se había bebido y que coreaban rancheras en su cabeza.

—Aquello fue una locura. Nada más entrar en casa, encendió el equipo de música para escuchar vallenatos a todo volumen. Los vecinos no tardaron en golpear la puerta—menos mal que aquel fin de semana mi hermana, mi cuñado y mis sobrinos no estaban en el barrio—. Una cosa llevó a otra, hubo un por favor, quite esa música más alto que otro y... ¡BOOM! Llegaron más gritos, un portazo que casi hace temblar a los cimientos de la casa y muchas lágrimas... Mis hijos y yo acabamos la noche en casa de Judith.

—¡Uff, definitivamente mi vida no ha sido un camino de rosas! Recuerdo otra noche en la que llamé a Judith llorando desesperada. De esa hace más tiempo. Derek tenía apenas tres añitos. La fiebre no le bajaba de cuarenta grados y Brian estaba desaparecido, quién sabe bajo qué sábanas.

—Judith me acompañó al hospital, aguantó como una jabata a mi lado los cuatro días con las cuatro noches que Derek estuvo ingresado en observación y cubrió todos mis turnos cuando los médicos decidieron prolongar su estancia en el hospital dos semanas más. «La amistad es el ingrediente más importante en la receta de la vida», dijo alguien alguna vez. Y es verdad. Judith, para mí, es una GRAN AMIGA. En mayúsculas. Y, también, mi paño de lágrimas... Judith interrumpe mis recuerdos.

—A ver, Suzanne. Desembucha. Hay algo que no me has dicho. ¿Quién es el afortunado?

—¿El afortunado de qué?

—El que te ha empapado las bragas.

—Mojado, Judith, ¡mo-ja-do! No te las quieras dar de lista.

—Mojar, empapar... ¿Acaso no son verbos sinónimos?

—Entre ellos hay algunos matices de diferencia.

—¡Ay, Suzanne, por favor!—Pongo los ojos en blanco—. Oye, ¿no pretenderás dejarme ahora con la duda?

—Hay veces que no nos viene mal un poquito de misterio, ¿no crees?

—¡¡Suzanne!!—me grita volteando los ojos con comicidad como la niña de la película El Exorcista.

—¡Qué impaciente eres, mujer!

—Ansiosa, diría yo.

—En ese caso...

—¡¡Suzanne, desembucha!!

—Me temo que no va a poder ser en este momento. Como no regrese a mi puesto de trabajo, me temo que van a colocarte a otra compañera que te saque de quicio mucho más que yo. Y no, precisamente, por falta de información, sino por falta de aptitud en el trabajo.

—¡Ja! De camino a mi cabina acristalada e impoluta, recibo un mensaje de WhatsApp seguido de tres caritas tristes.

—«¡Mamááá! Me he dejado las llaves de casa en mi habitación. Tenemos hambre. ¿Qué hago?ΛΛΛ» Miro el reloj. ¿Acaso Derek se cree que soy la mujer maravilla, que me pondré mi capa mágica y volaré hasta la casa para abrirles?

Inspiro profundamente y escribo a todo correr:

«Derek, ve a casa de tu tía y pídele la llave que tiene ella» Rápidamente, recibo otro mensaje con tres caritas tristes. «ΛΛΛ» «Cariño, es lo único que puedo hacer en este momento» Otra vez llegan las caritas tristes y se me encoje el corazón. Escribo:

«Derek, espábilate. Estoy trabajando» De repente, escucho que alguien me llama con afán:

—¡Suzanne! ¡Suzanne, espera, por favor! Giro sobre mis talones. Mi cara refleja sorpresa cuando veo a mi hermana «La Flaca» acompañada nada más y nada menos que por mi querido odiado cuñado Lexter.

—¡¿Quién ayudará ahora a mis hijos?!

—¡Flaca! —Dos besos y un abrazo marcan la alegría que me da ver a mi hermana aunque mis nervios están a flor de piel. Respiro hondo para saludar a mi cuñado—. Lexter... Para él, sólo ha habido unas leves palmaditas en la espalda por respeto a «La Flaca».

—Suzanne—responde mi cuñado componiendo una mueca maliciosa.

—¿Qué hacéis por aquí?—pregunto sucinta.

—«La Flaca» no tarda en responder con su desparpajo habitual:

—El hijo de uno de nuestros mejores amigos se bautiza este sábado y tenía que comprarme un vestido. Y, como Lex tiene que cobrar una factura, hemos...

—Así es—le interrumpe—. Tengo que cobrarle una factura a los de Interware.

—Si no recuerdo mal, esa empresa está ubicada en el piso diecisiete. —le digo con cara de pocos amigos.

—¿Desde cuándo tú haces negocios con Interware?

—Desde hace un año aproximadamente.

—Nunca te había visto por aquí.

—Normalmente viene mi compañero—declara—. A mí no me toca esta zona.

—Ya.

—Pero Alex lleva una semana en la cama con bronquitis y...

—Y le ha tocado a Lexter hacer la ronda—exclama La Flaca con franca admiración—. Suzanne, a mí me ha venido de perlas que hoy haya tenido que venir hasta aquí. Ya sabes... por el vestido.

—Ay, Flaca, tendrás tú vestidos en el armario... Mi hermana se encoge de hombros.

—Lo sé. Pero ninguno es propio para el bautizo de este sábado.

—«La Flaca» es una obsesa de las compras.

—Amor mío, ¿me esperas aquí?—oigo que le pregunta Lexter a mi hermana.

—Ehm... ¡sí! Aprovecharé para mirar los escaparates de aquellas dos tiendas que hay allí.

—Perfecto. —Lexter le da un beso y a mí me guiña un ojo antes de decir—: Suzanne, ¿me acompañas?

Su voz cargada de lujuria ha hecho que las palpitaciones de mi corazón se alboroten a mil por hora.

—Por supuesto, para eso me pagan—suelto casi sin pensar.

—Joder, eso ha sonado fatal.

—Mientras nos dirigimos hacia el ascensor, tecleo:

«Derek, tu tía no está en la casa. Tu tío y ella han aparecido por sorpresa en mi trabajo. Por seguridad, debajo del macetero que hay junto a la puerta principal, siempre guardo una llave. Cógela, pero ten mucho cuidado con ella. Nos vemos esta noche. Haced los deberes, no esperéis a que yo llegue. Os quiero. Mamá».

—Apresuro el paso por el pequeño pasillo que me lleva hasta mi cabina acristalada, después de darle un fuerte abrazo a «La Flaca».

—Frente al ascensor, en espera de su lento descenso, siento la cálida respiración de Lexter sobre mi cuello. Mis piernas son dos gelatinas que delatan los nervios que produce el acercamiento de su cuerpo contra el mío. ¡Dios, ¿por qué tarda tanto en bajar si a esta hora de la tarde no hay casi nadie en el edificio?! Se aleja un momento de su puesto de trabajo y todo se descontrola.

—Cuando se abren las puertas del «cielo», siento cómo la mano fuerte y gruesa de Lexter me sujeta suave y disimuladamente por la cintura y me invita a entrar en el ascensor. Su cuerpo, robusto y firme, abraza mi piel con celeridad.

—¿Qué intentas con esto?—Mi mirada le reprocha esa locura.

—¿De qué estás hablando?—susurra junto a mis labios.

—Nerviosa, me siento en mi silla de patas de metal con asiento acolchado y respaldo ergonómico y llevo mis dedos hasta la abotonadura del ascensor. Mantengo el botón de STOP presionado unos segundos cuando veo a lo lejos al gerente de administración y a la secretaria de Dakar Company, una delegación de Mitsubishi que se instaló en una de las oficinas de la duodécima planta hace hoy escasamente tres meses. En ese impasse, observo que en la recepción, con los ojos y la boca de par en par, Judith no sale de su asombro. Ha visto cómo Lexter me ha tocado y cómo se ha acercado a mis labios con la clara intención de besarlos. ¡Lo ha visto todo! Abrumada, antes de que el gerente de administración y la secretaria de Dakar Company lleguen al ascensor, suelto el botón que mantiene las puertas abiertas y hago que suba como un reactor hasta el cielo. Estoy segura de que, si hubiera podido pulsar el botón correcto, hubiera llevado este aparato de cristal hasta el mismísimo infierno.

## 4

A solas con él.

En esa cabina de cristal donde no tengo escapatoria, Lexter emprende su acercamiento sigiloso como un depredador en busca de su presa. Me toma por los hombros presumiendo de su musculatura y clava su mirada en mis ojos de color miel como si deseara inyectarme el mensaje que ha estado preparando para mí durante horas. Lentamente sus manos me envuelven el cuello y me acorrala con su cuerpo sobre mi silla con patas de metal. Agitada, sintiendo cómo la respiración se me acelera, trato de desviar la mirada, pero él no me lo permite. Cada una de sus caricias hace que mis cachetes hiervan delatando un placer que, en realidad, odio sentir.

—Avergonzada por los pensamientos que llegan a mi mente, entre dientes y con temor a ser escuchada, exclamo:

—¡Lexter! ¡Lexter, para!

—Suzanne...

—¡¡Lexter, no!!

—Sueño con tenerte entre mis brazos cada noche, muñeca. Disfruto imaginando qué produciría el roce de nuestras pieles. —Su respiración se acelera—. Cada vez que aspiro esa mezcla de azahar y a madera de tu perfume me vuelvo loco. Es..., es como una lenta y placentera tortura para mis pulmones y...

—¡Basta! ¡Basta, joder! Aléjate de mí si no quieres que...

—Yo sólo te quiero a ti, Suzanne.

—Lexter, por favor... Aléjate. Esto no puede ocurrir entre nosotros.

—¿Quién lo dice?

—Yo..., yo... ¡Joder, no sé qué te hace pensar que entre tú y yo puede haber algo, Lexter! ¡¡Estás casado con mi hermana!! Como una bestia indomable, Lexter me coge de la cintura, me levanta de la silla y me aprisiona contra el tablero. Sus besos ardientes y apasionados recorren mi cuello de arriba abajo con voracidad mientras mi cuerpo convulsiona excitado y mi corazón comienza a latir con fuerza.

—Lexter no deja ni un milímetro de mi cuello sin besar. La lengua se me acartona cuando siento entre mis piernas su erección. «Esto no me puede

estar pasando a mí», pienso una y otra vez. Ardo por dentro como una olla a presión. Mi vientre se tensa y la excitación se arremolina entre mis piernas, invitándome a arquear la espalda. Un gemido abotargado brota de mi garganta.

—¡¡Lexter, no!!

—¿Por qué no?—me susurra en el oído. Su aliento caldeado me envuelve la oreja.

—¡¿Estás loco?! —Las cuerdas vocales me arañan la parte interna de la garganta—. ¡Este es mi lugar de trabajo!

—Me gustas mucho, Suzanne—jadea—. Quiero enseñarte realmente lo que siento por ti, el verdadero significado del amor. A mi lado vivirías como una reina.

—Envalentonada, inspiro profundamente cuando él se separa de mí unos centímetros y le doy un fuerte empujón. Se golpea la muñeca derecha con la barra metálica que recorre el interior del habitáculo del ascensor a media altura.

—Lexter, tú y yo no podemos...

—Amarnos, querernos, desearnos.

—En un arrebato de locura, mi cuñado aprieta el botón de STOP para que el ascensor se detenga.

—¿Qué cojones has hecho?—La ensordecedora alarma de emergencia comienza a martillar dolorosamente mis tímpanos—. ¿En qué estás pensando?

—En ti, princesa—responde con un susurro, acercándose a mí otra vez con ojitos de cordero degollado—. Me tienes enloquecido, Suzanne. Estoy dispuesto a dejar a «La Flaca» si tú me lo pides.

—¡¿Qué?! ¿Te has vuelto loco?—le grito llevándome las manos a la cabeza. Su ceja izquierda se eleva en señal de querer emprender otro contacto—. ¡No vuelvas a acercarte a mí nunca más! ¡Te lo prohíbo! Consciente de que mis pulmones se mueven con una velocidad más rápida de lo normal, inspiro profundamente, mantengo el aire en mi interior y expiro vaciando mi caja torácica con parsimonia para calmar la tensión. ¡Benditas clases de yoga! En estado de alerta, miro a Lexter con ojos incendiarios. ¿Cómo ha podido besarme? Este hombre no me conviene. Es un soberano sinvergüenza. ¡Es el marido de mi hermana, joder! Aterrada, antes de que se despierte nuevamente la bestia que llevo dentro, cruzo los brazos y me siento otra vez en mi silla, esa que hace años decidieron regalarme los directivos de

mi empresa para que mis piernas no se hinchen como globos durante las más de ocho horas que paso a diario pilotando el ascensor.

—Pasan los minutos. Me parecen eternos. La taquicardia y la rabia se han mezclado en mis venas y han formado una mezcla perfecta para que mis pensamientos no dejen de atormentarme en la cabeza.

—Estoy pensando en ello cuando la luz de mi móvil se enciende anunciándome la entrada de un mensaje.

—«Suzanne ¿todo bien?» Es Judith. Miro de reajo a Lexter que, con un hombro sobre el cristal, me observa con ojos lobunos y suspiro acaloradamente.

—¿Qué hago? ¿Le digo a Judith lo que me acaba de pasar? ¿Pido socorro como una descosida?

Estoy valorando esas opciones cuando el móvil vuelve a sonar tres veces.

—«▼ ▼ ▼ ▼» «Los bomberos acaban de llegar» «En pocos minutos estarás aquí abajo» Lexter me lanza un beso cuando lo miro de reajo y eso me saca del dilema. Rápidamente, tecleo:

«Judith, estoy bien. Luego te cuento» ¿Ahora con qué cara voy a mirar a mi hermana? ¿Cómo voy a enfrentarme a sus ojos sabiendo que Lexter me ha besado y me acaba de declarar su amor? Esto no es justo para ella. Mi hermana ama a Lexter con locura desde que tenía quince años. ¡Qué pesar! Uff, soy un manojo de nervios y mis manos no dejan de temblar. Lexter, que está tan nervioso como yo, golpea la barra metálica que rodea interiormente el habitáculo del ascensor con los dedos y mira por el rabillo del ojo la pantalla de mi móvil.

—Suzanne, ¿con quién estás hablando?

A pesar de que su presencia me corta el aliento, respondo contrariada:

—No tengo que darte explicaciones.—Percibo que en su frente se marcan tres surcos y que sus párpados se encierran para escanear la ira de mis ojos—. ¿Por qué estás tan nervioso?

Nuestras miradas chocan y se enfrentan en silencio durante un largo instante hasta que Lexter responde a la defensiva, pasándose repetidas veces la mano por su cabeza recién afeitada:

—¿Por qué debo estar nervioso, Suzanne? El amor es así. Llega sin avisar y hace fiesta en nuestros corazones.

—No seas tan cursi. No te queda nada bien.

—¡Ja!

—¿Por qué no le demuestras ese amor a «La Flaca»? Con arrogancia,

acercándose otra vez a mí para acariciarme el óvalo de la cara, responde con suma tranquilidad, como ese niño al que se le increpa y que asegura no haber roto nunca un plato:

—Ella tiene todo de mí. No tiene quejas.

—Eso será porque no sabe de lo que TÚ eres capaz de hacer a sus espaldas. Siento un gran alivio cuando se empieza a mover el ascensor. Mi corazón recupera el ritmo que había perdido justo cuando Lexter pulsó el STOP. Los minutos que hemos permanecido juntos han sido una lenta tortura para mí.

—Mis brazos comienzan a destensarse cuando el tablero va marcando los pisos por los que vamos pasando. Trece, doce, once... ¡Que alivio! De los nervios, he cerrado con tanta fuerza los puños que siento calambres en las muñecas.

—Cuando el ascensor alcanza la décima planta y observo que hay una docena de secretarias apoyadas en la baranda me siento como la protagonista de una tragicomedia. Avergonzada, tapo mi rostro con ambas manos cuando me saludan, silban y levantan el dedo pulgar. Durante un par de segundos, todo a mi alrededor se sume en la más absoluta oscuridad.

—«Suzanne, sonríe», me exige mi subconsciente.

—Recupero lentamente la tranquilidad. Diez, nueve, ocho... Me inquieta pensar que al abrirse las puertas de este aparato el primer rostro que vea sea el de «La Flaca». ¡Dios no lo permitas! La fiera de mi cuñado está aparentemente tranquila, aunque algo me hace pensar que no es así. El cristal del ascensor se ha empañado con el vaho de su respiración.

—El silencio es ensordecedor. La tensión en el ambiente se corta con el filo de una catana. Aún no salgo de mi asombro.

—Tres, dos, uno... ¡Planta baja!, parece anunciar el freno del ascensor cuando se detiene en seco.

—¿Estoy a salvo? ¿Ha terminado ya esta pesadilla? ¿Por qué tardan tanto en abrirse las puertas?

—Suzanne, ¿estás bien?—grita desesperadamente Judith.

—Ssss... ¡sí! —consigo decir.

—¿Estás segura?

Observo a Lexter indecisa.

—Ehm... sí.

—¿Mira quién ha venido a salvarte?

—Hola, Suzanne.

—¿Karl? ¿Karl Hansen?

—El mismo—sonríe él, mostrándome la perfección de sus dientes.

—¡No lo puedo creer! ¿Está el destino jugando conmigo? Seguro que detrás de todo esto está la mano de Judith, pensé.

—Ho..., hola —tartamudeo sin poder salir de mi asombro cuando Lexter pasa a mi lado dándome un fuerte empujón en el hombro.

## 5

Uff, no sabía que estaba tan necesitada de un abrazo. Entre sollozos de alegría y culpa fuera de esa cabina acristalada puedo pronunciar un tímido «gracias» a Judith.

—Ahora sí que vas a tener que contármelo todo, absolutamente todo Suzanne. Tenemos dos horas para que me pongas al día. Los técnicos van a hacer una revisión al ascensor antes de ponerlo en marcha nuevamente, así que no tienes excusas.

—¡Por favor, Judith, déjame respirar! Pareces una ametralladora dando órdenes. Todo llega en su momento. Además, creo que la que me debe una explicación aquí, eres tú, Judith.

—¿Yooo?

—No te hagas la loca, ya sabes a lo que me refiero.

—Judith se lleva el pulgar a la boca y comienza a mordisquearse la uña.

—Bueno, bueno, te confieso que a mí también me ha sorprendido verlo.

—¿A quién?

—A Karl. Está guapísimoy...

—Déjate de tonterías, Judith. No hagas que me enfade contigo. .

—Anda, anda... no lo niegues —me dice propinándome un codazo en el costado.

—Judith, ¿qué has hecho?

—Nada, ¿por?

—¿Cómo has podido llamar a Karl? Deja de actuar como una celestina porque...

—Oye, guapa. Esta vez no he tenido nada que ver con su aparición, pero si te interesa tengo el número de su móvil y...

—Judith, definitivamente no tienes remedio—respondo volteando los ojos con comicidad. Y, dirigiéndome al camarero, añado—: Yo quiero una hamburguesa grande, patatas Deluxe y una cerveza. .

—¿Y usted?

—Para mí lo mismo.

—Perfecto.

—Ehm..., no, espera. Si no te importa, cambia la cerveza por un refresco de cola. Quiero estar con mis cinco sentidos a tono para escuchar lo que me

tiene que decir esta que está aquí—dice Judith guiñándole un ojo al camarero mientras me señala con el pulgar—. Tenemos mucho de qué hablar.

—La mirada de Judith no sólo delata impaciencia sino curiosidad por enterarse de todos los detalles. La conozco. Ella, que es mejor que un perro sabueso, ya ha detectado que ha ocurrido algo entre mi cuñado y yo. Sólo espera que yo confiese.

—Suzanne, ¿prefieres que yo vaya directa al grano?

Tomo tres respiraciones profundas y la miro fijamente a esos ojos curiosos mientras de fondo suena un clásico instrumental preparando el ambiente para que puedan salir las palabras que, misteriosamente, se han atascado en mi garganta.

—Vale—le respondo como una niña que es acusada por su hermana mayor—.Allá voy...

—¡Menos mal!

—¿Recuerdas que esta mañana he llegado un poco nerviosa?.

—Sí.

—¿Y que te he comentado que alguien me había besado?.

—También. Traías la cara enrojecida. Tu cuerpo parecía gelatina sin cuajar. Temblabas como un corderito.

—Todo tiene una explicación.

—Supongo que sí.

—Judith... —Inspiro hondo—. Lexter, mi cuñado me ha...

—¿Sí?—Abre los ojos de par en par.

—Lexter me ha besado.

—¿Cómo?!—Sus ojos amenazan con salirse de las cuencas—. ¿En qué estaba pensando?

—No lo sé.

—Por dios, ese tío es un descarado sinvergüenza.

—Sí.

—Y, por desgracia, sé perfectamente de lo que es capaz, Suzanne. .

—Judith, baja la voz—le exijo entre susurros—. Nos está mirando todo el mundo.

—¡Que les den!

—¡¡Judith!!

—¿Quééé?

—Shhh... Unas mesas más allá —señalo hacia mi izquierda— están todas las secretarias de Lumen y...

—¿Y?

—¡Joder, que no quiero que se sepa lo que me ha pasado con el innombrable!

—¡Qué asco de persona! No entiendo cómo tu hermana no le ha dado una patada en el culo ya y lo ha puesto de patitas en la calle.

—Ese..., ese hijo de su madre no se merece el amor y el cariño que tu hermana le profesa.

—Judith, cálmate —le exijo cuando el camarero nos acerca las bandejas con la comida—. ¡Cálmate, por favor!

—Ese hombre me enerva la sangre.

—Oye, ¡ya!

—Suzanne, no me voy a calmar porque, en realidad, estoy muy tranquila.

—Pues no lo parece.

—Bueno, tal vez estoy un poco aturdida por la noticia que me acabas de dar, pero... ¿me puedes explicar qué ha ocurrido en el ascensor?! Mucho ha tardado en insistir.

—Los técnicos que van a revisar el ascensor van a entregar un informe sin destacar ninguna avería—le confirmo con una ligera sonrisa dibujada en los labios—. Ese aparato en el que paso ocho horas enredada cada día está en perfecto estado.

—Judith frunce el cejo y me mira extrañada.

—¿Qué me estás queriendo decir, Suzanne? Habla claro de una vez si no quieres que...

—El ascensor no se ha detenido por casualidad.

—Explícate —me exige apoyando los codos sobre la mesa.

—A Lexter se le ha ocurrido la brillantísima idea de apretar el botón de STOP y, como ves, esa tontería ha traído consecuencias. Judith mordisquea la hamburguesa y mastica acelerada antes de decir:

—¿De verdad eres tan inocente?

Cojo la servilleta y me limpio el ketchup que escurre por mi barbilla.

—No te sigo.

—Ay, mi querida Suzanne... —resopla,

—¿Qué pasa?

—¿Aún no has visto las oscuras intenciones de Lexter? Por favor ¡despierta de una vez!

—Llevo horas en pie.

—Vamos a ver, Suzanne. —Jamás he tenido la oportunidad de ver tan

molesta a Judith—. ¿Realmente no sabes quién es tu cuñado? ¿Tú crees que es un santo?

No lo es. Eso me ha quedado claro ya, pero me niego a reconocerlo delante de Judith.

—Ehm...

—¿Piensas que Lexter sólo está para amar y cuidar a «La Flaca» y a tus sobrinos?

—Judith, ¿por qué me dices todo esto? ¿Qué es lo que sabes? Siento que me estás ocultando algo y muy gordo.

—La tensión en el ambiente se corta con una navaja. La música instrumental ya no me produce calma. Por el contrario, miles de pensamientos se arremolinan en mi cabeza con todo lo que ha dicho Judith de mi cuñado. Después de darle dos grandes mordiscos a la hamburguesa, Judith me mira fijamente a los ojos y comienza a confesarme todo eso que ha estado corroyéndola por dentro desde hace tiempo.

—¿Recuerdas cuando hace unos años llegaste una noche a mi casa llorando a moco tendido porque Brian había llegado a casa y...?.

—Uff, lo recuerdo perfectamente—respondo antes incluso de que pueda terminar la pregunta—. Como si hubiera sido ayer, Judith.

—Entonces no se te habrá olvidado que, poco después, el innombrable se acercó hasta mi casa para asegurarse de que esta bruja—se señaló con el pulgar— no se fuera a comer tus hijos.

—Sí.

—Pues bien, cuando los chicos y tú os fuisteis a dormir, él...

—Un momento, Judith. ¿Aquel día fue cuando me diste una hierbaluisa?

—Sí. De alguna forma tenía que calmar tus nervios. Habías llegado rabiosa y...

—Vale, vale. Sigue, por favor.

—Como te iba diciendo, eran casi las seis de la madrugada cuando alguien tocó suavemente la puerta. Sigilosa, me acerqué a la mirilla y lo vi. Al innombrable. A ese atlante de puro músculo con ojos de corderito degollado que... ¡Bah, olvídale! La cuestión es que estaba allí y abrí la puerta.

—¿Y qué pasó?

—Me preguntó si podía pasar.

—¿Para qué?

—Quería saber si vosotros estabais bien. —Asiento—. Le contesté que

estabais durmiendo en el piso de arriba y le pedí que se marchara.

—Intuyo que no se fue.

—No. De repente comenzó a acariciarme el pelo y a mí se me cayó la taza de hierbaluisa al suelo. Lexter, dime qué narices quieres y lárgate. No me gustan estos jueguecitos que te traes—le dije.

—¿Y?

—No entendió mi orden. Siguió diciendo babosadas. Repetía sin parar que yo le gustaba demasiado, que lo tenía enloquecido, que estaba dispuesto a dejar a «La Flaca» si yo se lo pedía y chorradas por el estilo.

—No me lo puedo creer, Judith—resoplo sin poder salir de mi asombro.

—Se abalanzó sobre mí, Suzanne. Me agarró por la cintura como si fuera un gorila y empezó a besarme desesperadamente mientras me iba acorralando contra la pared de la cocina. Como pude logré agarrar un plato que había dejado sobre la encimera y, sin pensarlo, se lo estampé en la cara. Del impacto, su pómulo derecho comenzó a sangrar a raudales.

—No me lo puedo creer—digo con el corazón dando tumbos en mi pecho.

—¡Lárgate de mi casa ahora mismo! No me obligues a llamar a la policía, le grité, pero no me hizo caso. Cogió una servilleta, ya sabes que siempre están sobre la mesa, y trató de contener la sangre que brotaba de su pómulo mientras me gritaba: «Eres una zorra desgraciada.

—Esta me la vas a pagar». Afortunadamente, logré que se fuera. No quiero ni pensar qué me podría haber pasado aquella noche.

—Ni yo... —susurro, pensando que nunca más voy a tomar nada que me ayude a dormir. El Lexatin que me hiqué después de beber la infusión de hierbaluisa me había dejado K.O. aquella noche y, por mi culpa, Judith había tenido que soportar los desmanes de mi cuñado. Ay, Diosss...

—Aseguré el cerrojo de la puerta y coloqué una silla para que ajustara aún mejor la cerradura.

—Pero...

—Sí, Suzanne. Es por eso por lo que a la mañana siguiente encontraste la silla sujetando la puerta. Tú cara de sorpresa me obligó a ofrecerte ese cafecito que tanto te gusta para evitar las preguntas. .

—Recuerdo perfectamente que te pregunté por qué la silla estaba allí y tu respuesta fue algo extraña.

—Lo único que te pude contestar fue que eran manías mías.

—Es cierto.

—No podía contarte nada de lo ocurrido, Suzanne.

—Tendrías que haberlo hecho.

—Lo sé. Pero la situación era muy delicada. Tú eres mi mejor amiga y no quería perderte por las tonterías del loco de... —se le atragantan las palabras.

—Del innombrable.

—Sí. —Judith da un sorbo a su refresco—. Por si eso fuera poco, «La Flaca» es tu hermana. ¡Ay, Dios! ¡Quién sabe lo que le habrá contado de aquel día!

—¿Por qué lo dices?

—Suzanne, desde aquel día, tu hermana no me ha vuelto a tratar igual.

—¿Lo dices en serio?

—Totalmente—responde Judith con el rictus desencajado. Me llevo las manos a la cabeza.

—¡Joder, ¿cómo he podido ser tan idiota?!

—Debo confesarte que yo también lo admiraba, pensaba que era un tío estupendo, que sólo se dedicaba a amar, a proteger y a cuidar de tu hermana y de tus sobrinos, pero...

—Es un gran hijo de puta—añado entre dientes.

—Judith estira la mano por encima de la mesa y envuelve la mía.

—Suzanne, ¿entiendes que esta situación me ha obligado a abrir la boca?

—...

—Siento que te hayas tenido que enterar de esta forma pero siento que no se debe repetir la historia. Ya sabes a qué y a quién me refiero.

—Sí, al genio de mi ex.

—Exacto.

—Necesito unos baños para la mala suerte, Judith.

—¿Por qué dices eso mujer?

—Solo atraigo a los cafres.

—Eso no es verdad.

—Siento que llevo un cartel en la espalda que dice: «mujer desesperada busca a hombre controlador».

—No seas melodramática, Suzanne.

—¿Yooo?

—No, mi abuela que en gloria esté—resopla Judith.

—Vale, vale...

—Ya es hora de que te des cuenta de la gran mujer que hay en ti.

—Créetelo primero y luego colócate el cartelito si quieres, pero no antes

de asegurarte de que eres una gran mujer.

—Terminamos riéndonos de toda esa bochornosa situación. Mi hamburguesa está aún por la mitad, las patatas ya están tiesas por el frío del aire acondicionado y la cebada de la cerveza está haciendo una fiesta en mi cabeza. Afortunadamente, todavía queda media hora para montarme en esa noria acristalada que no da vueltas y que solo se limita a subir y bajar.

—Judith, apúrate—le digo a mi amiga cuando empieza a recrearse otra vez en sus recuerdos—. Quiero tomarme un café en el bar de la esquina.

—Suzanne, por favor no te gires. —Abre los ojos de par en par.

—¿Por qué? ¿Qué ocurre?

—No te lo vas a creer, pero cierta persona acaba de entrar en la hamburguesería...

—¡No me digas que es mi cuñado!

—Calla, calla...—Judith da un manotazo al aire, como si estuviera espantando moscas—. Ni me lo menciones. Es..., es...

—¿Quién?

Judith se encoge de hombros.

—Vamos, Suzanne, adivínalo. Te quedan tan sólo tres segundos, dos, uno... —Emocionada, se pone de pie y vocifera—: ¡Karl, ¿qué haces tú por aquí?! No me lo puedo creer.

¿Qué hace Karl aquí?

Un dulce y suave saludo me obliga a tomar el último trago de cerveza.

—Ho..., hola Karl. —Debo darle tiempo a mi respiración que logre niveles óptimos de disimulo—. ¡Cuánto tiempo!

—Cierto. ¿Puedo?—me pregunta, señalando el asiento que hay a mi izquierda.

—Ehm... sí, ¡sí!

—Estáis muy guapas.

—Uy, Karl, tú siempre tan zalamero y cortés—se carcajea Judith.

—Admiro a mi amiga. Pasa de la amargura a la risa en cuestión de décimas de segundo—. Haces que nuestra autoestima se eleve como un globo lleno de helio.

—Judith, sabes que las dos sois especiales para mí.

—Mmm... Karl se gira ligeramente y me guiña un ojo antes de decir:.

—Suzanne, tú en especial.

—Su mirada se clava en mi rostro ya enrojecido por la cerveza y mis manos comienzan a sudar. Trato de dibujar una sonrisa en mi cara para que

no perciba lo nerviosa que estoy. Inspiro y... ¡Dios aún usa el perfume que le regalé aquella navidad! Esa fragancia fresca, con ciertos toques a madera y a cítricos, hace que todos mis recuerdos se arremolinen en mi cabeza. Karl significó tanto para mí que aún no logro entender el porqué del brusco viraje con el que el destino trastocó nuestras vidas. Después de tantos años sin saber los motivos por los que él y yo rompimos, sigo buscando respuestas.

—Karl, entre tú y yo... Mi entrecejo se arruga y mis manos lo apartan, tocando su duro pecho. Ese contacto tan sutil consigue que mi corazón se acelere y empiece a bombear desacompasado en mi pecho.

—Shhh... ¡ya!

—Ya ¿qué?

Mi pecho sube y baja descontrolado. Estoy a punto de sufrir un infarto. Casi...

—Ya hablaremos, Suzanne.

## 6

—¡Tierra llamando a Suzanne! ¡Tierra llamando a Suzanne!—Doy un respingo cuando Judith me zarandea el brazo—. Oye, ¿qué te pasa? ¡Te has quedado embobada!

—No te lo vas a creer pero...—Abro los ojos de par en par—. ¿Ese era Karl?

—En cuerpo y alma—responde animadamente—. ¿Has visto lo guapísimo que está?

Sí, es cierto. Se ha puesto cañón desde la última vez que lo vi, pero no pienso admitirlo. Al menos, no delante de Judith.

—¿Qué?! Apoya los codos sobre la mesa y se acerca más a mí.

—¿Qué de qué?

—Que si has visto lo guapísimo que se ha puesto ese bombón.

—Aunque los ojos me hagan chiribitas, ¡claro que lo he visto! ¡Claro que me he fijado en lo guapísimo que se ha puesto! Ese cuello, esos brazos, ese culo respingón... ¡Uff, qué calores me entran! Ver a Karl me hace recordar esas escapadas de fin de semana que hicimos hace unos años a la playa. Recuerdo que siempre nos quedábamos en una cabaña, junto a un acantilado, y que cada noche bailábamos al son de las olas, sintiendo cómo la arena nos acariciaba los pies.

—Son muchos los recuerdos que se atropellan en mi mente, amenazando con hacer que mi día sea más insoportable de lo que ya es.

—¿Nos vamos?—sugiero.

—¿Adónde?

—Al bar de Paco—respondo entusiasmada—. A tomarnos un café.

—Paco es un hombre maravilloso que hace un café estupendo. Su bar, un viejo local con fachada de ladrillos rojos y ventanales de estilo victoriano, está ubicado a dos calles de nuestro lugar de trabajo.

—Vale—responde Judith entre dientes. No sé por qué pero a ella el bar de Paco no le gusta.

—Paco siempre nos recibe con un piropo, justo el que necesitamos para engordar nuestros egos. Hoy, al igual que siempre, me he sentido como un pez globo cuando me ha dicho:

—Ya han llegado los ángeles más hermosos de toda la ciudad.

—Ay, Paco, cualquier día voy a creerme que eso es verdad—le digo

acercándome a la barra para ofrecerle la mano. Como siempre, me la besa como si fuera un príncipe. ¿Acaso no sabe ya que yo soy una princesa destronada?

Judith y yo nos sentamos en uno de los taburetes que hay junto a una máquina tragaperras antiquísimo que Paco compró hace años en un anticuario para decorar el rincón donde había estado el viejo dispensador de tabaco que ya no tiene desde que prohibieron fumar dentro de los bares.

—Paco conserva este lugar como una tacita de plata, ¿verdad?—susurro distraída, observando los corazones rojos despintados de la tragaperras.

—Judith no tarda en darme la réplica. Ella es así de impulsiva.

—¿Tacita de plata? Más bien esto es una...

—¿Una...?—Apoyo los codos en la barra y la miro con el cejo fruncido. Temo que Judith me suelte una fresca de las suyas.

—Esto es peor que la cueva de Alí Babá y los cuarenta ladrones.

—Ese es uno de los motivos por los que a mí me encanta venir aquí. Este bar tiene solera.

—Y más mierda que el rabo de una vaca. ¿Has visto los pelusones que corretean por allí?

Judith señala hacia su izquierda. —Luego le diré a Rosario que pase la escoba—dice Paco con su voz bronca, devolviéndonos a la realidad—. ¿Café, Suzanne?

Asiento.

—Con leche fría, azúcar y bien cargado de café, por favor.

—Amí me va a poner un... —Judith se lleva el pulgar a la boca. Está indecisa—. ¡Eso es! Me va a poner un cortado a la crema.

—Marchando un café con leche fría muy cargado y «*deslavao*» con agua y un poquito de leche.

—Cuando Paco se da la vuelta y se dirige a la máquina de café, Judith se acerca a mí, apoya el bolso en la barra y me dice:

—No soporto a este hombre, Suzanne.

—No digas tonterías. Paco es un gran hombre, un camarero de los de toda la vida.

—Pues yo no sé qué decirte... —Voltea los ojos.

—Mejor no digas nada, Judith.

—Sería la primera vez.

—Eso es verdad—sonrío. Judith es una mujer insaciable. Yo creo que no se callaría ni debajo de agua.

—Oye, por cierto.... ¿Estás segura de querer un café cargado?

—Sí, ¿por?

—Creo que esta noche no vas a poder cerrar los ojos por culpa de toda la cafeína que llevas en las venas.

—Quiero mucho a Judith pero cuando se pone en plan madre, no la soporto. Inspiro profundamente y me evado mientras ella suelta una perorata sobre los estragos que va a sufrir mi piel si sigo bebiendo tanto café.

—¡Judith, deja ya de importunarme!—suelto, cansada de escucharla. Se parece a mi madre, que en paz descanse. La pobre hablaba hasta por los codos—.Creo que ya tengo una edad como para para saber lo que tengo que hacer, ¿no?

Judith pone los brazos en jarra y me reprende:

—Vaya, vaya, vaya... Hoy no se te puede decir nada, Suzanne.

—Pongo los ojos en blanco—. No aceptas cumplidos ni críticas constructivasni...

—No acepto nada que venga de ti.

—Entonces me mantendré callada.

—Perfecto. Así estarás más guapa.

—Yo sé por qué estás así.

—¿No acabas de decir que ibas a mantener la boquita cerrada?.

—¿Y tú te lo has creído?—responde con una divertida sonrisa dibujada en los labios.

—Judith, por favor. No estoy de humor después de lo que ha ocurrido antes con... —Soy incapaz de pronunciar el nombre de mi cuñado.

—Olvídate de eso.

—Lo intento.

—Y ¿qué me dices de Karl?

—Judith, tú mejor que nadie sabes lo que me produce recordar mi historia con Karl. Teníamos tantos planes... Siento que las lágrimas están a punto de salir de mis ojos.

—Déjalo, Suzanne.—Judith se acerca a mí, apoya su mano sobre mi hombro y me dice—: No vale la pena a estas alturas de la vida machacarse tanto. Las cosas suceden por algo. Si Karl ha aparecido en este momento será por algo, ¿no?

—Ya ni sé qué pensar...—suspiro, derrotada.

—Anda, disfruta de tu matarratas y... —La miro incendiaria y resoplo, soltando todo el aire contenido en mis pulmones—. Vale, vale, no he dicho

nada, Suzanne. Lo siento. Pero..., reconocerás que Karl es...

—¡Judith!

—¿Qué?! ¿Acaso no tengo razón?

Claro que la tiene. Pero me niego a reconocerlo.

—Olvídalo. Bébete eso de una puñetera vez y ¡vámonos! Creo que alguna chinche me está picando en las piernas.

—Aquí no hay chinches.

—Yo no lo tengo tan claro.

—Realmente no sé cómo puedes cambiar de tema tan rápido Judith.

—Judith tiene una facilidad asombrosa para saltar de una cuestión a otra sin que te des cuenta.

—Y yo no sé cómo te permites estar de bajón.

—Tengo derecho a estarlo.

—Pues yo prefiero cederte mis derechos al respecto porque me niego a estar de bajón ni un segundo. ¿No te das cuenta de que cuando estamos así fruncimos el ceño inconscientemente? Me niego a que por culpa de una tontería me salgan arrugas en la cara.

—Las palabras de Judith me hacen sonreír.

—Tienes un salero que no te lo mereces.

—Mira tú qué bien...

—Yo no sé cómo te las ingenias para sacarme una sonrisa cada vez que mis pensamientos se pelean con mis enredos existenciales. Vamos, que..., que te mereces unas gracias.

—Judith suelta la taza sobre el platillo y me mira fijamente a los ojos.

—Qué gracias ni qué nada, mujer.—Su móvil comienza a sonar—. Para eso estamos las amigas, ¿no?

—Pues sí. O eso creo... Los ojos de Judith empiezan a abrirse cada vez más. Parecen dos faros en medio de una noche oscura.

—Suzanne, no te lo vas a creer. —Vuelvo a ponerme de los nervios—. ¿A qué no sabes quién acaba de enviarme un mensaje?

—No. Pero como no me lo digas, te juro que...

—Pues el susodicho nos está invitando a cenar en su casa.

—Comienzo a impacientarme.

—¡Habla ya, Judith!—Suelto la taza en la barra y cojo una servilleta de papel para limpiarme—. ¡Déjate de rodeos, por favor! Sabes que no me gustan las adivinanzas.

—¡Ta, ta, ta, tachán! Se trata de...

—¡Habla, joder!—exclamo irritada.

—No te lo vas a creer, pero se trata de...

—¿De?—Mis ojos están a punto de salirse de las cuencas de lo abiertos que los tengo.

—¡Se trata de nuestro queridísimo Karl! ¡Acaba de invitarnos a una cena! ¡¿Qué?!! ¡Menuda rapidez! No hace ni veinticuatro horas de nuestro encuentro y ya está empezando a desplegar sus armas.

—Pues yo no pienso ir.

—Eso está por ver, Suzanne—comenta Judith esbozando una sonrisa maliciosa—. Deja el orgullo aparcado en un rincón y espabílate porque esta es otra oportunidad que te concede la vida para descubrir por qué Karl se marchó sin decirte nada cuando tú estabas tan ilusionada por compartir tu vida con él.

—¿No te das cuenta de que todo quedó como suspendido en el aire?

—Vamos, Suzanne, no fastidies... —Voltea los ojos con comicidad, me envuelve los hombros con las manos y me zarandea—. Siento que la vida te está regalando otra grandiosa oportunidad. Jugueteo nerviosa con la cucharilla y los posos del café, e inspiro profundamente.

—Judith, ¿te puedes quedar quieta?—Paco se acerca a nosotras y me dirijo a él—. Paco, discúlpeme. ¿No tendrá por ahí un espray antimoscas?

—Tendría que mirar.

—¿Le importaría buscarlo? Es para echar un poco por aquí porque tengo a una mosca cojonera que no me deja de importunar y me tiene hasta el coño. —Le guiñó el ojo—. Por cierto, el café estaba delicioso. Judith se apoya en la barra.

—No le haga caso, Paco. Suzanne tiene hoy mal de amores.

—¡Judith! Paco sonríe, suelta uno de sus piropos y se mete en la cocina.

—¿Te das cuenta de por qué siempre termino en este bar?—ataco.

—Sí—responde Judith entre dientes—. Para admirar esa telaraña que hay en el techo.

—¿Dónde?

—Justo allí. —Señala la lámpara que pende sobre la cafetera.

—Eso es una marca de la casa.

—Espabílate, Suzanne. No vaya a ser que Spiderman aparezca y... Judith se acerca a la puerta y yo la sigo.

—Paga—le digo, empleando un tono de voz cortante y autoritario—. Hoy te toca a ti. Te espero en la calle.

—Agradezco la brisilla que se ha levantado. Quedan pocos minutos para regresar a mi cabina acristalada.

—Mis nervios empiezan a aflorar tímidamente cuando veo a Judith parloteando como si tuviera la tarde libre y riendo a pierna suelta con Paco.

—Abro la puerta con furia y los cuatro o cinco viejecillos que quedan en el bar clavan su mirada en mí. Conteniéndome—tengo unas ganas locas de estrangular a Judith—, sonrío y, tirándole del brazo, la arrastro hasta la puerta.

—¿Se puede saber qué te pasa?—grita cuando consigo que sus pinreles toquen el empedrado de la calle.

—¡Espábilate!

—¿Para qué?

—Son las...

—¡Joder, Suzanne! ¡Corre! ¡Lorenzo me va a matar como no llegue a la hora! Durante toda la tarde, las secretarias, los gerentes y los mensajeros suben y bajan colapsan el ascensor, permitiendo que el genio de la botella mágica cumpla mi más ferviente deseo: no pensar.

—A las siete de la tarde, una vez que he despedido a los últimos pasajeros—así llamo cariñosamente a todos los que deciden subirse a mi caja de cristal—, cuando salgo a la calle, los nubarrones negros que se arremolinan sobre el monte Aliva me anuncian que la tormenta está cerca.

—Camino acelerada por la calle mientras reviso el móvil, ese odioso aparato que ha estado durante horas en silencio dentro del bolsillo de mi guerrera. Asustada, abro rápidamente la aplicación de WhatsApp cuando el pajarito que anuncia la entrada de un nuevo mensaje comienza a piar desafinadamente.

—«Mami, me he desguinzado el tobillo derecho» Asustada, tecleo:

«¡¡¿Cómo?!!» Derek no tarda en contestar:

«Jugando al fútbol. He pisado sin querer a un compañero del equipo contrario cuando iba a robarle el balón y me que doblado el pie» Aunque el deporte es muy sano, no es la primera vez que mi hijo me da un susto de este calibre. Estoy pensando en ello cuando recibo un nuevo mensaje:

«No te preocupes. Los tíos me han llevado al hospital» Uff, menos mal que cuento con «La Flaca» para estas urgencias cuando no estoy disponible porque Brian, mi ex, desde hace casi dos años que brilla por su ausencia.

—Pensándolo bien, mejor será que no siga hablando de él para no atraerlo con mis pensamientos. Ese desgraciado ya no pinta nada en nuestras vidas.

Así lo decidió él.

—Rápidamente, mi mente vuelve a reaccionar cuando recibo dos mensajes seguidos de Derek.

—«Mamá, ¿puedes comprar de camino una pizza de *pepperoni*?» «Tengo mucha hambre» Acelerada, marco el número del servicio de tele-taxis y le doy a la operadora la dirección en la que me encuentro.

—El vehículo no tarda en llegar. Cuando accedo al interior del habitáculo, agradezco al destino de encontrarme con el señor Juan. Hace años que nos conocemos. Su mujer y mi madre eran grandes amigas.

—El viaje se demora más de lo previsto. El tráfico es infernal.

—Por fin, después de una hora de atasco, llegamos al barrio y suspiro aliviada. Derek tiene que tener el estómago en los pies.

—Señor Juan, ¿le importaría parar junto a la pizzería? Tengo un encargo de mi hijo y voy tarde—le digo cuando hace un cambio de sentido para dirigirse hacia la avenida principal que tenemos que recorrer al completo antes de girar a la izquierda para enfilarse la calle donde se encuentra mi hogar.

—Por supuesto.

—Detiene el coche a escasos cien metros de la pizzería, le abono la carrera, le envío recuerdos para Sofía, su mujer, y corro con la cabeza agachada y el bolso sobre la cabeza para protegerme de la lluvia que golpea con fuerza la calle.

—Frente al menú de las apetitosas pizzas leo:

«2X1 EN PIZZAS FAMILIARES»

¡Bien!

No se pueden desaprovechar estas oportunidades, sobre todo, cuando el presupuesto del mes ha sufrido una mordida importante con la reparación del coche. Al salir de la pizzería con la cena en mis manos, observo que en el local que se encuentra frente a la farmacia, al otro lado de la calle, hay un cartel que reza:

«ATRAE LA ENERGÍA POSITIVA Y LA BUENA SUERTE TE LLEGARÁ»

Sin pensarlo, serpenteo entre los coches que están parados frente al semáforo y me acerco al escaparate. Parece una tontería, pero algo debo hacer con mi suerte. No sé por qué, pero tengo la impresión de que hace tiempo se fue de mi lado. ¿La habré echado yo a zapatazos con mi constante pesimismo? Unas campanas de cristal avisan de mi llegada cuando abro la puerta del local.

—Buenas tardes—me saluda una señora desde el fondo de la tienda. Cuando se acerca un poco más, observo que es bastante robusta. Su cabello, largo y negro como la boca de un lobo, brilla cada vez que la luz de la lámpara incide sobre él.

—Su piel tostada por el sol combina con los colores anaranjados y verdosos de su holgada batola.

—Ho..., hola —tartamudeo.

—¿Has venido para cambiar tu suerte?

—Ehm... —Me cambio las cajas con las pizzas de mano—. No me vendría mal.

—Te aconsejo un baño con hierbabuena. —Siento su mano en mi brazo—. Es una hierba santa. Sus propiedades mágicas no fallan. Además de ser medicinal, sirve precisamente para lo que tú necesitas.

—¿Para atraer la buena suerte?

—Efectivamente.

—¿Y qué más?!

—Es todo lo que te puedo decir. Funciona, créeme.

—Su sonrisa me tranquiliza.

—¿Eso es todo lo que debo hacer? ¿Beberme una infusión? ¿Así de fácil?

—Gracias, pero... —Comienzo a alejarme lentamente del mostrador sin ganas de seguir escuchando tonterías—. Yo no creo en la magia.

—¿Y en la suerte?

—Ehm...

—No se preocupe. Me ha quedado clara su respuesta. —Abro los ojos de par en par. No he sido capaz de decir ni que sí ni que no—. Hágame caso. Encienda esta noche una vela blanca después del baño y piensa en todo lo que desees para ti. Olvídate por unos minutos de los demás. Salgo de la tienda y la observo durante unos segundos a través del escaparate. Esa extraña mujer comienza a mover unas piedras semipreciosas sobre el mostrador y me mira con intensidad, esbozando una sonrisa.

—Afortunadamente ha dejado de llover. Camino acelerada, aunque siento a cada paso unos ojos clavados en mi nuca. De vez en cuando miro hacia atrás, pero no veo a nadie.

—¿Qué habrá querido decir esa extraña mujer?

Cuando entro en casa hay un silencio sepulcral.

—¡Chicos, han llegado las pizzas!—grito dejando las cajas con las dos pizzas sobre la mesa de la cocina mientras me quito el abrigo.

—Desde la segunda planta llegan las voces de Derek y Michael.

—¡Mamá, estamos arriba!

—¡Las pizzas se enfrían!

—¡Mamá, tienes que venir a ayudarme!—exclama Derek.

—Dame un minuto, cariño.

—Con esfuerzo, Michael y yo ayudamos a que Derek baje la empinada escalera. Tiene el tobillo inmovilizado con una venda compresiva y no puede apoyar el pie.

—Tengo que tenerlo en reposo tres días—me dice mientras engulle el primer trozo de pizza.

—¿Y qué vas a hacer?

—¿Con qué?

—Con el partido de fútbol.

—Se lleva las manos a la frente.

—¡Mierda, no me acordaba!

—Tú nunca te acuerdas de nada—lo provoca Michael.

—¡Cállate!

—Callaos los dos—les exijo, cogiendo un plato llano para servirme una porción de pizza antes de que ellos arrasasen con todo.

—Derek tiene un partido de fútbol la semana que viene. Según le ha dicho el entrenador, asistirá el ojeador de uno de los equipos más importantes de la zona para buscar nuevos talentos. Sé que ese hombre ha puesto el ojo en Derek hace meses, así que lo llevaré sí o sí al partido, aunque tenga que ir con muletas, para que haga acto de presencia y ese hombre lo tome en cuenta para el próximo fichaje.

—Mientras Michael sale a la calle para tirar la basura, yo le ayudo a Derek a subir hasta su habitación. Después, sintiendo que ha llegado el momento de relajarme, lleno la bañera.

—Los vapores del agua me hacen recordar que mi suerte depende de una infusión de hierbabuena. Sonrío. Aunque no creo en esas tonterías, pienso que no me hará mal beber un vaso de agua caliente aromatizado con hierbas. Me pongo el albornoz, ese que perteneció a Brian y que me llega casi a los tobillos, voy a la cocina y caliento un poco de agua. Tengo un manojo de hierbabuena en el cesto de las verduras. Hace una semana que me lo regaló Tomás, el dueño de la verdulería donde compro los vegetales cada sábado.

—De regreso al baño, lanzo la hierbabuena de la infusión al agua para que mi cuerpo se impregne con su aroma y disfruto del sabor que me deja en

el paladar.

—Mi mente comienza a reaccionar cuando el agua tibia me envuelve y me dejo llevar. Así paso casi una hora hasta que siento cómo el agua fría eriza mi piel.

—Cuando me siento sobre la cama, las últimas palabras de la mujer de la tienda a la que no he podido evitar entrar saltan una por una en mi cabeza. Animada, saco las velas blancas que siempre tengo para casos de emergencia del cajón y las coloco sobre unos portavelas de cristal que me regalaron unos tíos de Brian cuando nos casamos. No son gran cosa, pero adoro la forma que tienen: la de una flor de loto con los pétalos a medio abrir.

—¿Dónde habré metido los puñeteros fósforos? Estoy segura de haberlos dejado sobre la mesita de noche. Seguramente, mis hijos los han tenido que cambiar de lugar porque no los encuentro. Acelerada, busco en la gaveta de la mesilla de noche que pertenecía a Brian y en las cajas de madera que adornan mi peinadora mientras recorro con la vista cada centímetro de mi habitación.

—De repente, me percató de la caja de madera que hay sobre el armario. ¡Qué maravilla! ¡Todavía existe esa caja! Hace tiempo que no sabía nada de ella.

—Emocionada, sintiendo cómo mis pulsos se aceleran en el pecho, me subo en una de las sillas que presiden los pies de la cama y la arrastro con sumo cuidado para no tragarme el polvo que se ha acumulado sobre la superficie de la tapa. Estoy convencida de que en el interior de esta caja tiene que estar la caja de cerillas que nos regaló Rosa, una de las recepcionistas de MG Asociados, cuando se casó.

—La puñetera caja pesa un quintal. Hasta hace un par de años, era el rincón secreto que Brian utilizaba para guardar las escrituras de la casa, los pasaportes y todos y cada uno de los cachivaches que se encontraba por la calle.

—La destapo.

—Y me asombro al ver unas fotos de Caroline. ¿Cómo se atrevió el desgraciado a guardar las fotos de esa mala pécora después de lo mal que me lo hicieron pasar? Enfadada, rompo las fotos, saco uno por uno todos los papeles que contiene la caja y revuelvo los papeles, en busca de esa maldita caja de cerillas que sé que contiene.

—Cuando encuentro el yesquero de plata que le regalé a Brian por nuestro sexto aniversario con nuestras iniciales grabadas, me pongo a temblar. Me trae muchos recuerdos. Al igual que él en los últimos tiempos,

tampoco funciona.

—En el fondo, junto a una foto de Caroline y Brian que no había visto nunca en la que ambos están besándose en medio de una playa de aguas cristalinas, hay un sobre que alguna vez fue blanco sin abrir. En el exterior, con una letra que me resulta conocida, reza:

«PARASUZANNE».

—

Desesperada, sintiendo cómo mi corazón bombea acelerado en el pecho, rasgo el sobre, saco la carta que contiene dentro y leo:

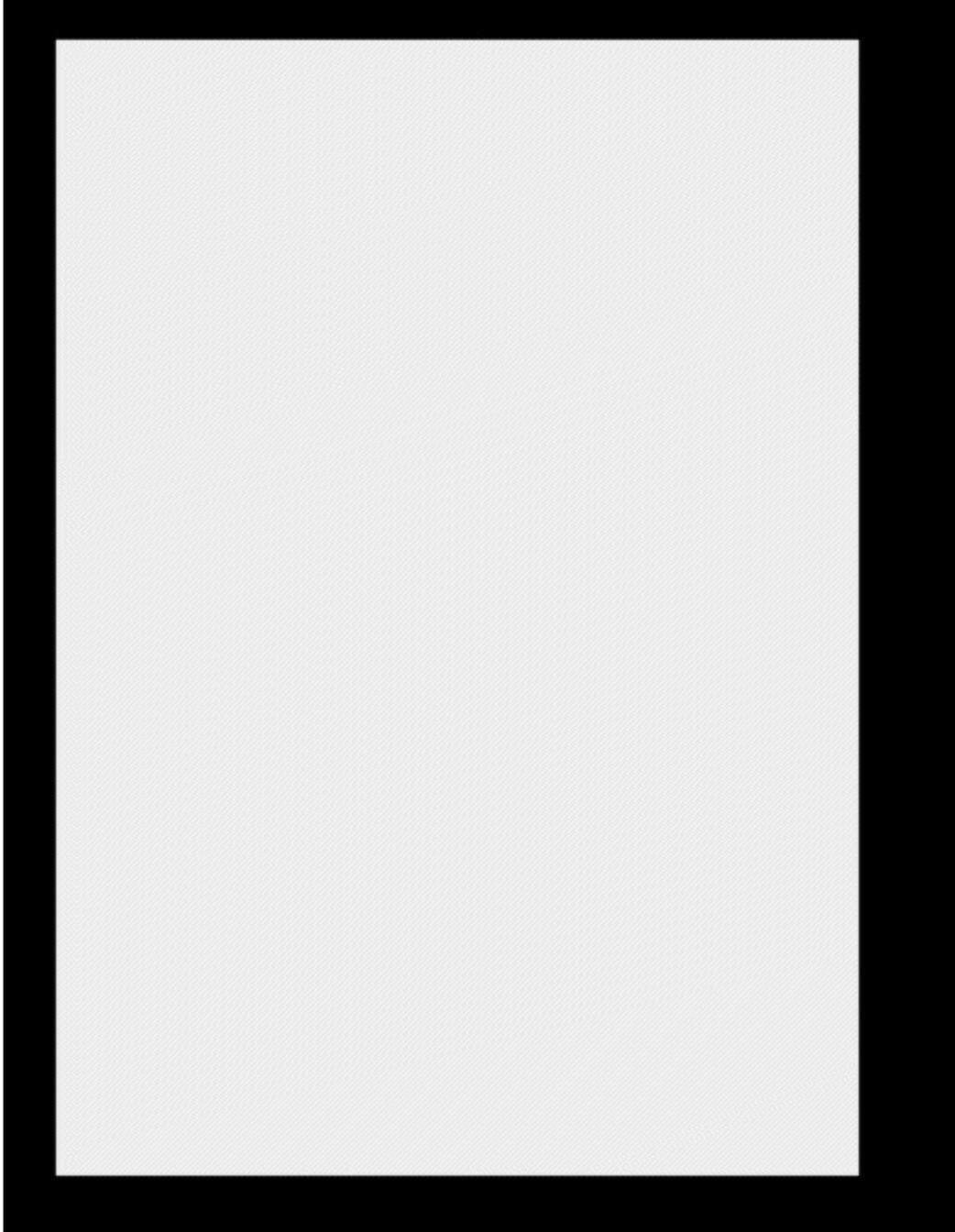
Suzanne... Espero que puedas entender todo lo que aquí te deseo explicar.

—Eres el amor de mi vida. Por esa razón, y en nombre de este amor que nos une, he decidido dejarle el camino libre a mi amigo Brian. Es extraño, pero estoy al tanto de su terrible enfermedad. Yo sé que serás capaz de entenderme y de sobrellevar este trago amargo.

—Todo lo que te he prometido algún día lo cumpliré. El amor que siento por ti es puro y sincero. Es tan inexplicable, que soy capaz de claudicar para que Brian pueda ser feliz a tu lado. Sé que le queda poco tiempo de vida. Deseo que formes junto a él la familia con la que tantas veces soñamos. Espero que me puedas entender y perdonar algún día. Aquí estaré para cuando esta historia toque su final. Siempre tuyo

Karl PD: El que te ama sobre pétalos de rosas.

—



No entiendo nada.

¿De qué enfermedad habla Karl en esta carta?

¿Cuándo Brian y él se hicieron amigos?

¿Por qué mi exmarido nunca me entregó esta carta?

## 7

¿Qué jugada del destino tan cruel es esta? ¿Un simple baño de hierba buena y unas velas han causado todo este revuelo? No salgo de mi asombro. Aún no puedo entender qué ha ocurrido.

— Dios, no sé qué hacer. ¡Ayúdame, por favor!—digo en voz alta, fijando la mirada en el techo—. Quiero conocer toda la verdad. Ahora sí. Son las tres de la madrugada. Después de este chaparrón emocional no he podido cerrar los ojos aún. Me hierven de tanto llorar. Estoy pensando en todo lo que me ha ocurrido estos días cuando el tonto de Brian se cuele en mis recuerdos. Si lo viera en este momento, estoy convencida de que le escupiría en la cara. De repente, cuando estoy pensando en el resto de cosas que le haría a mi ex si me lo encontrase en la calle, la luz verde del móvil se enciende, anunciándome la entrada de un nuevo mensaje.

—En la pantalla, impresas con letras blancas, veo el nombre de Judith. ¿Le habrá ocurrido algo?

Nooo.

—Afortunadamente, no le ocurre nada. Leo:

«Nunca dejes que tus miedos ocupen el lugar de tus sueños» ¡Será bruja! Sin pensármelo dos veces, tecleo:

«Hola. ¿No puedes dormir?» Rápidamente, el móvil vuelve a iluminarse.

—«No» Al instante, escribo:

«Yo tampoco. Creo tanta cafeína ha tenido la culpa. Por cierto, ¿me puedes hacer un favor?» Mi amiga no tarda en contestar:

«Tú dirás»

—¡Bien! —exclamo emocionada en voz alta, escribiendo poco después:

«¿Puedes darme el número de Karl?» Como me temía, Judith quiere datos:

«Por supuesto. ¿A qué se debe este cambio de opinión tan repentino?» Vuelvo a teclear:

«Te lo contaré todo a su debido tiempo. Buenas noches» Judith: «Eres una arpía, Suzanne» «Yo también te quiero, Judith. Buenas noches» Mientras pienso qué escribirle a Karl, decido bajar a la planta baja y caminar entre las sombras hasta la cocina para prepararme una tila. Sin duda, necesito calmarme. Bajo ningún concepto quiero que ese hombre vaya a pensar que

estoy desesperada por encontrar respuestas a todas esas preguntas que durante años han estado reformulándose una y otra vez en mi mente. .

—El *tic tac* del puñetero reloj de cuco del pasillo, ese que Brian se empeñó en comprar cuando fuimos de viaje a Suiza, no me permite relajarme como a mí me gustaría. Bueno, en realidad, esa es la excusa perfecta que me quiero dar a mí misma para no seguir con ese runrún que me ha martirizado desde que descubrí la carta de Karl.

—Cuando me quiero dar cuenta de la hora que es, ya ha amanecido. Me levanto como un autómatas de la cama y me dirijo a la cocina. Creo que un café me ayudará a espabilarme.

—El móvil me acompaña, dentro del bolsillo, exigiéndome que le escriba a Karl eso que mi mente ha estado rumiando durante toda la noche.

—«Karl, anoche el destino jugó sus cartas. Encontré una carta tuya, fechada hace años. Espero no ser inoportuna pero... me gustaría verte. Necesito respuestas. Suzanne» Mi rutina comienza poco después: preparar el desayuno, despertar a los chicos para que se preparen para ir al instituto, organizar el almuerzo para que cuando regresen solo tengan que calentarlo en el microondas...

—¡Vamos, Michael! Es hora de levantarse. Se te hace tarde cariño.

—Voy, voy—replica con fastidio.

—Derek, ¿cómo sigue tu tobillo? ¿Se te ha pasado el dolor?

—Buenos días, mamá—responde él con desgana—. Aún me molesta un poco.

—He dejado la comida lista dentro de la nevera. Cuando tu hermano regrese del instituto, dile que la saque y la caliente bien. No se os ocurra comérsela fría, ¿de acuerdo?

—Sí, mamá.

—Y descansa. Ten mucho cuidado cuando bajes las escaleras.

—suelto casi sin respirar, como una ametralladora—. No corras con las muletas.

—Mamá, por favor... No seas pesada —me dice cuando me acerco a él para despejarle la frente.

—¡Me voy!—vocifera Michael asomándose por la puerta.

—¿Y no me vas a dar un beso?

—Jooo, mamá. ¿Todavía con esas tonterías?

—Anda, anda... Así te siento a mi lado todo el día.

—Mamá no va a cambiar nunca—oigo que dice Derek.

—Afortunadamente —suspiro yo, esbozando una ligera sonrisa. Aunque me duela reconocerlo, mis hijos se están haciendo mayores.

—A regañadientes, mi pequeño me planta un sonoro beso en la mejilla y corre escaleras abajo como un reactor.

—¡Te quiero Michael! —Oigo un portazo en respuesta.

—Acelerada como todas las mañanas, entro en la habitación y abro el armario para decidir qué ponerme. Lanzo ropa sobre la cama y elijo un vestido negro clásico de cuello en uve con un bordado de diminutas perlas en las mangas que hace siglos que no me pongo.

—Recuerdo que este vestido dejé de ponérmelo por culpa del idiota de Brian. Es ajustado y eso despertaba sus celos. Y yo, tonta de mí, le hice caso y dejé de ponérmelo. Afortunadamente, me di cuenta a tiempo. Si hubiera sido por él, mi vestimenta se habría reducido a las batolas de los monjes.

—Me despido de Derek después de darle otra vez instrucciones de todo lo que debe y no debe hacer en su reposo, cojo la cartera, las llaves, el sobre amarillento con la carta de Karl y el móvil. Justo cuando estoy cerrando la puerta, veo a mi cuñado en la acera de enfrente. Está sudoroso como cada mañana después de su carrera.

—A toda prisa me meto en el coche, que afortunadamente ya está arreglado, y piso el acelerador a fondo para alejarme de él.

—Acelerada, detengo el coche en la gasolinera del barrio, saco el móvil del bolso y leo el mensaje que acaba de entrar.

—«Suzanne, no eres inoportuna; al contrario, ha sido una grata sorpresa saber de ti. También quiero verte. ¿Cenamos juntos? No acepto un no por respuesta» Me tiemblan las manos y el corazón se salta un par de pulsos en mi pecho. Siento la lengua pegada al paladar. Inspiro hondo y escribo: «Te espero a las 19:00 horas en la entrada de la torre MG Asociados» Estoy tan nerviosa que no recuerdo poner en neutro las marchas del coche cuando giro la llave para accionar el motor. De repente el coche da un gran brinco como un caballo enfurecido. Sólo espero que mi coche hoy decida portarse bien. He gastado una buena pasta en repararlo a pesar de las recomendaciones del mecánico: «Suzanne, es un buen coche, pero es hora de cambiarlo. No creo que pase la ITV». Vaya, que estoy vendida.

—Tomo un atajo para llegar al trabajo mientras pongo en orden mi cabeza. Sin embargo, Karl se cuela entre mis pensamientos cada dos por tres.

—Cuando llego al parking de MG Asociados me doy cuenta de que el coche de Lexter está aparcado dos puestos más allá de donde he estacionado

el mío. ¿Qué demonios hace aquí? ¿No tiene otra cosa que hacer? Esta situación empieza ya a preocuparme. Reconozco que me pone los pelos de punta. Mis manos empiezan temblar. Miro en derredor mientras guardo las llaves y el móvil en el bolso.

—Doy un respingo cuando alguien me sujeta la cintura por detrás.

—No te asustes, pequeña. —Lexter me besa la nuca y mi cuerpo se estremece—. Estaba esperándote, Suzanne.

—Me inmoviliza con tanta fuerza que hace que el asa de mi bolso se deslice por mi brazo e impacte contra el hormigón pulido al caer.

—Lexter, por favor... —suplico con ansiedad cuando su mano izquierda cubre mi boca. Forcejeo con nervio para tratar de escapar de este loco, pero no lo consigo. Logro, en medio de mi desesperación, darle un codazo en la boca del estómago haciendo que afloje la presión de su mano. De inmediato empiezo a gritar pidiendo ayuda.

—¡Suéltela!—oigo gritar una y otra vez a los vigilantes privados que custodian la torre las veinticuatro horas del día. Habrán visto lo ocurrido a través de las cámaras. Afortunadamente, en casi todas las columnas del sótano hay una.

—No se metan—vocifera Lexter sujetándome firmemente por la espalda—. Esto es un asunto de pareja.

—¡Si no la suelta de inmediato nos veremos obligados a llamar a la policía local! ¡Créame, será peor para usted! Mientras sus brazos musculosos y fornidos me siguen apretando con fuerza cortando mi respiración, mi cuñado aprovecha para susurrarme al oído:

—Esto me lo vas pagar, perra.

—Respiro con gran dificultad. Sí o sí necesito que llegue aire a mis pulmones. Me estoy quedando sin fuerzas.

—De repente, Lexter me empuja con brutalidad y me lanza contra los vigilantes que, en guardia, lo apuntan con sus porras.

—Caemos al suelo.

—Tomo bocanadas de aire para recuperarme, recojo mis pertenencias y el móvil que ha salido disparado cuando Lexter me ha estampado contra esos dos hombretones y comienzo a llorar. Al otro lado del parking, dos vigilantes que escuchado los gritos tratan de controlar a mi cuñado, que está cada vez más violento. La policía local no tarda en llegar. Inmediatamente, esposan a Lexter, lo inmovilizan hasta que logra calmarse y se lo llevan a comisaría.

—¿Se encuentra bien?—Uno de los policías se acerca a mí y me ayuda a

ponerme en pie.

—Ssss... ¡sí! —balbuceo.

—¿Está segura?

—Sí.

—Su compañero, que parece un rottweiler por lo serio que está, apoya la rodilla sobre la espalda de Lexter para retenerlo en el suelo y, dirigiéndose a mí con su voz bronca, me dice casi sin respirar:

—Nombre y apellido, por favor.

—Su..., Suzanne Smith.

—¿Quiere que llamemos a una ambulancia?

—No, no..., estoy bien.

—¿Conoce a su atacante?—me pregunta el agente que me ha ayudado a levantarme. Avergonzada, bajo la mirada—. Señora...

—Se llama Lexter.

—¿Tiene algún tipo de relación con este señor? ¿Es su marido?

—No.

—¿Es su novio?

—¡No!—Abro los ojos de par en par—.Es..., es mi cuñado.

—El agente toma nota de mi respuesta.

—Suzanne, dígame. ¿Va a presentar cargos?

¡Dios mío! El corazón se me va a salir por la boca; lo tengo tan acelerado que siento que me voy a desmayar. ¿Cómo voy a presentar cargos contra ese tonto? ¿Qué le voy a decir a «La Flaca» cuando tenga que ir por él a la comisaría?

—No, no presentaré cargos contra mi cuñado—digo finalmente, tras unos segundos de reflexión.

—¿Está segura? —No lo estoy, pero no puedo hacerle eso a mi hermana—. ¿Sabe que estos casos de acoso se repiten una y otra vez?

—Quédese tranquilo, agente. No volverá a ocurrir.

—Señora, tiene usted mucha seguridad, pero...

—Estaré bien—suspiro, deseando que así sea.

—Confíemos que sea así—dice el agente que mantiene a Lexter en el suelo. Y, dirigiéndose a él que se mantiene con los ojos encendidos de rabia contra el suelo, añade—: Le aconsejo que no vuelva a acercarse a esta señora o seremos nosotros los que presentemos cargos contra usted. ¿Entendido?

—...

—¿Entendido?

—Sí—sisea Lexter entre dientes.

## 8

—Mi corazón aún palpita acelerado cuando llego a la planta principal. Las lágrimas, que se mezclan sin compasión con el rímel, saltan una a una de mis ojos dejando un rastro negruzco por mis pómulos. Sin mediar palabra, Judith me abraza para consolarme.

—No hace falta que me digas nada, Suzanne. Hace rato que se habla de lo que te ha sucedido en todas las oficinas. Ya sabes que el cotilleo nunca puede faltar en esta torre.

—¡Qué vergüenza, dios mío!

—Suzanne, me imagino que lo habrás denunciado para que te deje en paz, ¿cierto?

—Sabes que no puedo presentar cargos contra mi cuñado. No quiero hacerle daño a «La Flaca».

—Es hora de que hables con tu hermana. No intentes tapar el sol con un dedo. Ayer fui yo, hoy eres tú y ¿mañana quién será? Piénsalo.

—Soy incapaz de pensar nada más, Judith. Mi cabeza es un auténtico torbellino —resoplo.

—Mi amiga pone los ojos en blanco, apoya la mano en mi hombro y me invita a caminar.

—Vamos Suzanne, te acompaño al vestuario. Tienes que lavarte la cara y maquillarte de nuevo.

—No sé si tengo ganas de...

—¡Déjate de tonterías! ¿Tienes...?

—Llevo maquillaje de reserva en el bolso, si es lo que quieres saber, aunque me pese más que un matrimonio obligado.

—Suzanne, espero que lo ocurrido le sirva de escarmiento a ese innombrable.—Se refiere a mi cuñado, aunque mi exmarido es otro del que casi siempre reniega pronunciar su nombre—. ¡Qué asco de tío! Después de mi dosis de consuelo salgo con la cara recién maquillada como si no hubiera ocurrido nada y luciendo la chaqueta que representa a mi empresa, esa que me mantiene todo el día subiendo y bajando dentro de esa cabina de cristal que, a estas alturas, se ha convertido en mi segundo hogar. Mi día transcurre entre «*buenos días*» y los chistes jocosos que me cuentan algunos pasajeros mientras sube o baja el ascensor. Todavía me pregunto qué jugada del destino

ha sido la que ha provocado la aparición sorpresiva de Karl. Se amontonan tantas interrogantes en mi mente que lo más apropiado es que en las horas del almuerzo haga una lista como cuando voy al mercado. No deseo machacar a Karl y mucho menos hacerlo sentir mal. Conozco la impulsividad de mis actos cuando algo no me convence y, sobre todo, cuando siento que me han engañado. En este momento, me siento así: engañada. Y dolida también.

—Suzanne, buenos días. Piso trece por favor.

—Buenos días, señor Louise.

—Está guapísima hoy. ¿A qué se debe este cambio en su uniforme? Ese vestido le sienta muy bien.

—Gra..., gracias. —Me levanta el ánimo escucharle. No he tenido tiempo de ponerme los pantalones.

—Karl me dijo una vez que las cosas que nos ocurren llevan siempre un mensaje. También recuerdo que me comentó que tenía que estar atenta para aprender las mejores técnicas para descifrarlo.

¿Será que debo crearme de una buena vez por todas que soy una gran mujer, que soy guapa, que merezco lo mejor y todas y cada una de esas cosas que a diario escucho en este puñetero ascensor? Salgo de mis pensamientos cuando el señor Louise me dice:.

—Pues no le miento, Suzanne. La belleza no solo se admira en silencio, sino que hay que reconocerla y agradecerla.

—Piso trece—avisa la glamurosa voz femenina del ascensor cuando se detiene.

—Hemos llegado—suspiro, tratando de esbozar mi mejor sonrisa. En este momento, bella es precisamente como no me siento.

—Feliz día, Suzanne. Admirar tanta belleza desde temprano alegra a mis ojos.

—Calle, calle..., o, al final, terminaré por creérmelo, señor Louise.

—No lo dude ni un segundo—oigo cómo me dice mientras las puertas del ascensor se cierran lentamente.

—A las doce, mis tripas empiezan a avisarme de que es hora de comer algo y de tomarme un cafelito junto a Judith.

—Necesito contarle que anoche encontré una carta de Karl dentro de una de las cajas de Brian. Hoy, su opinión sí la valoro. Aunque a veces no me guste su franqueza, prometo no hacer oídos sordos a las palabras de Judith.

—Judith, apúrate—le exijo cuando llego a la planta principal—. Ha llegado la hora de almorzar.

—Voy, voy, no entiendo tantas prisas, Suzanne.

—Tengo hambre.

—Bah, excusas baratas. Tú me escondes algo... ¡Bendito dios! ¿Cómo hace para adivinar todo?

No sé si es porque me conoce muy bien o porque realmente tiene unos poderes mágicos que no me ha revelado aún, pero Judith tiene una capacidad sobrenatural para captar que algo no va bien.

—De camino al restaurante de la esquina, consigo dejar a Judith sin respiración. Le cuento con pelos y señales todo lo que ha ocurrido hace horas con mi cuñado y que anoche descubrí una carta de Karl que llevaba años dentro de una caja de mi ex.

—¿No me lo puedo creer! ¿No la habías leído en todo este tiempo?

—No sabía que... —dudo si mencionar el nombre del padre de mis hijos—. No sabía que Brian la había interceptado antes que yo.

—La cara de asombro de Judith no es normal. Sus ojos parecen dos pájaros aleteando sin parar. Por arte de magia ha enmudecido. Sí, ha perdido la capacidad de hablar, y eso que ella lo hace hasta por los codos.

—Suzanne, ¿estás segura de...?

—Sí—asiento—. Existe una carta que lleva años en una caja. En este momento soy un mar de dudas.

—¿Y qué piensas hacer?! Doy un sorbo a la jarra de cerveza antes de decir:

—Anoche le escribí a Karl y... Judith abre los ojos de par en par.

—¿Y?

—Hoy hemos quedado para cenar después del trabajo. Necesito muchas explicaciones.

—No ha pasado ni cinco minutos cuando Judith se cuelga de mi cuello, me abraza con fuerza y me planta dos besos sonoros, uno en cada mejilla.

—¡Suzanne, te felicito! ¡Ya iba siendo hora de que actuaras pensando en ti!

—En unas horas te diré si... —la cerveza se me va por otro lado y comienzo a toser—. Espero no arrepentirme de esto.

—No te preocupes, Suzanne.

—Creo que ha sido una locura. No voy a ir.

—¡De eso ni hablar! Soy capaz de sacarte esposada de tu cabina de cristal y de arrastrarte de los pelos hasta el coche de Karl con tal de que no pierdas esta maravillosa oportunidad.

—Serás capaz... —resoplo.

—¿Acaso lo dudas?—Niego—. Esta noche, esperaré con toda la tranquilidad del mundo que seas tú la que se meta en el coche de Karl, ¿entendido? De lo contrario... Tratando de recuperar algo de animosidad, coloco mi mano derecha sobre la frente, envaró la espalda y exclamo:

—¡Sí, mi capitán! Sus órdenes serán cumplidas Judith sonríe en respuesta y, empleando un tono de voz dulce, me dice:

—Suzanne, te mereces ser feliz. Como siempre, yo estoy aquí para apoyarte. Han sido muchos años de sufrimiento y...

—Ha pasado mucho tiempo sin tener noticias de él.

—Los buenos vinos mejoran con los años—añade Judith, guiñándome un ojo con picardía.

—No sé si estará casado.

—¡Suzanne, basta, por favor! ¡Basta de machacarte! Hoy vas a poder encontrar respuesta a todas esas preguntas.

—Mentalmente voy preparando la lista de lo que le voy a preguntar a Karl esta noche.

—Uno. ¿Por qué no me dio directamente esa carta a mí? Dos. ¿Cuándo comenzó su amistad con mi ex? Tres. ¿A qué enfermedad mortal se refiere Karl en la carta?

Cuatro... ¡Dios me explotar la cabeza con tantas preguntas! Entre risas, lista de preguntas y planes para el fin de semana, el almuerzo transcurre con total normalidad. La comida ha estado exquisita. Judith y yo hemos decidido visitar este restaurante más a menudo. De vuelta al trabajo la luz verde de mi móvil me indica que ha entrado un mensaje de WhatsApp. Mis ojos se abren de par en par. Es «La Flaca» preguntando por Lexter. Lleva horas sin saber de él.

—Judith, ¿qué le respondo a mi hermana?

—Joder, vaya situación más delicada. —Durante unos segundos, mi amiga permanece en silencio, pensativa—. Suzanne, con tu permiso voy a intervenir.

—¿Qué vas a hacer? ¡Devuélveme el móvil!

—Voy a decirle a tu hermana la verdad.

—¡De eso ni hablar! Dame eso.

—Deberías de haberle contado todo hace tiempo, Suzanne.

—Para mí no es tan fácil. Ya sabes que me cuesta mucho encarar determinados temas. Este es un asunto peliagudo, Judith.

—Piénsalo, mañana a lo mejor será tarde.

—Te prometo que lo voy a pensar—confirmo con voz temblorosa—. «La Flaca» no se merece a alguien así. Se ha entregado en cuerpo y alma a su familia y...

—¡Y ya está!

—De acuerdo. Le voy a escribir que no lo he visto.

—Esa es la opción para salir del paso. La situación es cada vez más incómoda.

¿Cómo he sido tan estúpida de pensar durante todo este tiempo que mi cuñado era un ser admirable y con una conducta intachable?

¡Qué tonta he sido, por Dios! El reloj me anuncia que solo faltan quince minutos para las siete. Los nervios empiezan a hacer estragos en mi cuerpo. Siento un nudo en el estómago y las manos sudorosas. Inspiro hondo, me despido uno a uno de los últimos pasajeros que bajan en el ascensor, dejo la chaqueta en la taquilla, me retoco el maquillaje y salgo a la calle como un reactor.

Un coche negro se detiene a pocos metros de mí.

—

—Suzanne, estás bellísima—me dice Karl, abriéndome la puerta—.

Ese vestido te queda espectacular.

—Vas a hacer que me sonroje.

—No es mi intención—me susurra al oído—. Reconocer tu belleza siempre ha sido mi debilidad.

De inmediato, siento como un temblor eléctrico recorre todo mi cuerpo erizando cada vello de mi piel. Con la emoción dibujada en sus ojos, Karl abre la puerta del copilote y me invita a entrar en el coche. Un gran ramo de rosas rojas rodeado por un lino de color arena y un lazo de esparto ocupa mi asiento.

—Son para ti. Es poco para lo que te mereces realmente, Suzanne.

—Karl, no has debido molestarte. —Soy incapaz de contener las lágrimas.

—Aún recuerdo que son tus flores preferidas.

—Tienes buena memoria.

—Ha sido muy difícil olvidarte. —Sus palabras me encogen el corazón. Yo tampoco he olvidado lo mucho que nos quisimos—. ¿Nos vamos? La

reserva del restaurante es para las ocho y el tráfico está fatal con las obras del metro. El trayecto se hace ameno gracias a la balada que Amaia y Alfred van a llevar a Eurovisión y los comentarios que nos regalamos narrando la historia de nuestras vidas.

—Tengo la impresión de que el tiempo se detiene. Hablamos con la misma normalidad con la que lo hacíamos tiempo atrás. Karl me cuenta a qué se dedica, dónde trabaja y cómo ha cumplido todos los sueños que se propuso hace años. Reencontrarse conmigo fue uno de ellos.

—Cuando nos detenemos frente a un semáforo que está en rojo, la pregunta que me lanza Karl me paraliza:

—¿Cómo está Brian? ¿Se ha curado ya? ¿Tenéis hijos?—Abro los ojos de par en par—. Suzanne, discúlpame si te ha molestado que...

—No, no tranquilo.

—Ya sabes que soy un hombre al que le gusta ver los resultados pronto y...

—No pasa nada, Karl.

—Yo soy ingeniero industrial—me dice, tratando de romper el hielo otra vez, después de un par de minutos de silencio.

—Yo tengo dos hermosos tesoros, Derek y Michael.

—Vaya, ese es el número de hijos que planificamos tú y yo.

—Están en una edad complicada. Karl me mira de reojo, sin apartar la vista de la carretera.

—¿Adolescentes?

—Ajá.

—¿Y Brian?

—Brian ya no está.

—Oh, cuánto lo siento, Suzanne. —Se le desencaja la cara—. ¿Cuándo falleció?

—¿Cómo?! No, no me he expresado bien. Cuando digo que ya no está, me refiero a que ya no está conmigo. Nos divorciamos hace unos años. Los ojos azul cielo de Karl se alumbran como luciérnagas en la oscuridad. Su ceño fruncido me indica que no ha entendido nada.

—Hemos llegado, princesa.

—¿Es aquí?!

—Sí, ¿por?

—Este restaurante italiano es mi preferido.

—Aquí fue donde tuvimos nuestra última cita. Recuerdo que estuvimos

horas planificando nuestra vida juntos.

—Yo iba a mudarme a tu ático. ¿Lo sigues teniendo?

—Sí, no se ha movido ni un centímetro—sonríe, mostrándome sus maravillosos dientes. Me encanta su carácter afable y bromista—. Si no recuerdo mal, sigue en el centro de la ciudad.

—Como todo un caballero, Karl me abre la puerta después de estacionar el coche en el aparcamiento. Esos detalles son los que hicieron que me enamorara perdidamente de él hace años. En la entrada del restaurante nos espera el maitre con la puerta abierta para acompañarnos hasta la mesa que él ha reservado para los dos.

—Buenas noches, señores. Bienvenidos.

—Gracias.

—Señor, es un gusto tenerle por aquí otra vez. Siéntase como en casa.

—Muchas gracias, Giuseppe. Usted es uno de los motivos por los que siempre regreso a este lugar. —Karl me guiña un ojo con picardía—. Bueno, y por la comida del chef.

—El restaurante está vacío.

—Me he permitido prepararles la mesa del fondo. Espero que sea de su agrado.

—Está perfecta, Giuseppe. Gracias nuevamente.

—Los detalles del restaurante están cuidados con esmero. La combinación de colores está escogida con suma delicadeza. Los manteles de lino fino, los cubiertos antiguos labrados en plata y la vajilla de porcelana blanca crean un ambiente de lujo y sencillez. Las copas de cristal de bacará están colocadas en perfecto orden, en torno a un centro de mesa formado por unas velas adornadas con ramitas de canela y algunas camelias en color rosa palo y celeste.

—Las vistas desde aquí son preciosas—suspiro, observando el mar y la ciudad a través del gran ventanal. Las luces comienzan a encenderse tímidamente y a hacer que la capital brille a lo lejos. Este lugar me enamora, pero reconozco que los detalles de Karl lo hacen aún más.

—Cierto—sonríe Karl observándome de arriba abajo.

—Oye, ¿somos los únicos en el restaurante?

—Hoy lo tenemos en exclusiva para nosotros—susurra acariciándome el óvalo de la cara—. Quiero concederte todas las atenciones que te mereces, Suzanne.

—Su roce me estremece.

—¿Cómo lo has logrado en tan poco tiempo?

—Ha sido muy fácil. El dueño es mi amigo. Cuando le llamé, no dudó en darme un sí por respuesta. —Su voz melosa hace que mi cuerpo se relaje—. ¿Champán o vino?

—Vino—sugiero. El vino tinto ha sido el acompañante de nuestra cena. Su color rubí en las copas de cristal de bacará ha sido lo que nos ha invitado a gozar de los manjares con los que nos ha deleitado el chef.

—Suzanne... —Karl toma la copa en su mano—. Brindemos por este reencuentro, por todo lo bueno que nos esperay...

—Y por nosotros.

—Y por la verdad. —Choca su copa con la mía para sellar el brindis.

—La forma en la que me mira Karl es penetrante. El brillo de sus ojos azules me intimida. Mi respiración, que hasta ahora ha sido tranquila y acompasada, empieza a acelerarse de golpe cuando Karl estira su mano y envuelve la mía, haciendo que mi cuerpo se estremezca y que comience a reaccionar a su tórrida temperatura.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro, Suzanne.

—¿De qué os conocíais Brian y tú?

—¿Nunca te lo dijo?

—¿Decirme, qué?

—Brian y yo estudiamos juntos en el instituto. —Es la primera noticia que tengo al respecto—. Fuimos grandes amigos hasta que nos tuvimos que trasladar. Creo que ya te había comentado que a mí padre lo destinaron a...

—Sí, sí lo recuerdo, pero...

—¿Qué ocurre, Suzanne?

—Te ha llamado la atención de que Brian esté vivo y en tu carta hablabas de una enfermedad mortal. ¿Por qué? No lo entiendo.

—No pienses mal, pero Brian y yo estuvimos viéndonos un tiempo en algunas fiestas de varios amigos que teníamos en común. También coincidimos en la universidad, en clase de álgebra. Luego, de la noche a la mañana, le perdí de vista.

—Karl, entiendo todo lo que me acabas de decir, pero aún no has respondido a mi pregunta. ¿Por qué pensabas que Brian estaba...?

—¿Muerto?

—Ajá.

—¿Recuerdas cuando tú y yo empezamos a salir?

—Claro. ¡Cómo no recordarlo! Fueron los mejores días de mi vida.

—Y los míos. —Me enorgullece oír eso—. ¿Te acuerdas de aquella fiesta de las hermanas Croose? Bailamos hasta el amanecer y te pedí que te casaras conmigo.

—Por supuesto. —Nunca podría olvidarlo, en realidad.

—En aquella fiesta también estaba Brian. Te lo presenté. Hacía tiempo que no lo veía y fue una alegría para mí reencontrarlo allí.

—Cierto, pero...

—Un momento, Suzanne—sugiere Karl, dejándome con la palabra en la boca—. A partir de aquel día, Brian y yo nos seguimos viéndonos de vez en cuando. Incluso le ayudé a encontrar trabajo y un piso donde mudarse.

—Sí, pero... ¿en qué momento cambió nuestra historia?

Karl toma la copa, bebe un buen sorbo de vino tinto y le hace una señal a Giuseppe. De repente, empieza sonar la melodía con la que nos enamoramos en un piano de cola que hay un rincón del comedor. Siento cómo se eriza cada vello de mi piel; tímidamente se despiertan sensaciones que creía muertas en mi interior.

—Suzanne... —susurra Karl levantándose para acercarme hasta mí.

—Dime. Me toma de la mano, obligándome a ponerme de pie frente a él, y con una suave caricia me acerca hasta él. Su cuerpo y el mío se fusionan en uno solo.

—Mientras bailamos al compás de la suave música, me susurra al oído:

—No he dejado de amarte y de pensarte, Suzanne. No sabes cuántas veces he soñado con este momento.

—Todo llega—respondo temblorosa.

—¿Permitirás que recupere el tiempo perdido? —Su voz se ha vuelto áspera—. Eres lo que yo más quiero y no estoy dispuesto a perderte otra vez.

—Karl toma entre sus dedos un mechón de mi melena para besarlo con delicadeza. En sus labios arde el fuego del deseo. Los míos se abrasan al contacto con los suyos. El cálido vapor que sale de su boca se va deslizando a lo largo de mi cuello mientras sus yemas acarician suavemente cada centímetro de mi piel. Doy un paso hacia atrás y, mirándolo fijamente a los ojos, digo:.

—¿Quién te dijo que Brian estaba enfermo de muerte?—Me acaricia el mentón con delicadeza.

—Suzanne, quiero que entiendas que las dudas invaden una y otra vez mi cabeza. Yo..., yo tenía todo preparado para que te mudaras a mi ático. ¿Lo

recuerdas?—Asiento—. Aquella noche tomé una mala decisión. Había tenido mucha presión con uno de los proyectos en los que estaba metido, uno en el que el gobierno estaba implicado también, y salí a tomar unas copas con mi amigo Eliot. Cuando llegué al pub y te vi con Brian, no pude resistirlo. Te tenía abrazada y tu cabeza estaba apoyada sobre su hombro.

—Karl...

—Suzanne, déjame acabar, por favor. Aquella noche me derrumbé por completo y bebí hasta el amanecer. Eliot tuvo que llevarme a casa. Fue la peor noche de toda mi vida.

—Para mí no fue un campo de rosas. Brian me estaba esperando en la puerta cuando salí de trabajar. Aseguró que tenía que enseñarme algo muy importante y me invitó a tomar una cerveza para relatarme aquello que, en principio, iba a ser lo mejor que me iba a ocurrir en la vida.

—El cuerpo de Karl se pone en tensión—. Sabes que no soporto las adivinanzas, así que accedí. Aquella noche yo también me derrumbé cuando Brian me mostró unas fotos en las que tú aparecías besando apasionadamente a una chica en la playa.

—¡Joder!

—Mi reacción inmediata fue llorar sin consuelo.

—Y Brian aprovechó ese momento.

—Así es. Me abrazó, yo recosté la cabeza sobre su hombro y...

—Hemos perdido todos estos años por culpa de...

—Karl, me dijo que aquello lo habías hecho más veces—le corto.

—Es un hijode la gran...

—¡No lo digas! Karl se pasa la mano por la frente. Está nervioso.

—¿Cómo se atrevió a hacerme eso a mí? Joder, yo le ayudé a encontrar trabajo. Y le presté dinero para que alquilara un piso. Dinero que no me devolvió, por cierto.

—No entro en mi asombro.

—Siento que fui una tonta por no ir a buscarte y pedirte que me explicaras todo. Preferí dejarlo estar y creer al imbécil de Brian. Lo siento.

—Una lágrima se escapa de mi ojo izquierdo y desciende a toda velocidad por mi pómulo.

—Suzanne, yo estaba tan derrotado, tan decepcionado..., que decidí alejarme. —Karl seca mi lágrima con él pulgar—. Al cabo de unos días, Brian me telefoneó y me dijo que era urgente que nos viéramos. Acepté. Y quedé con él cerca de mi oficina. Si quedábamos en otro sitio, no sé si podría

aguantar las ganas de partirle la boca. Dejé que hablara. De hecho, fui incapaz de decir nada hasta que comentó que tenía cáncer de colon. Según me dijo, y ahora sé que era una más de sus mentiras, estaba entrando en una fase terminal. Estaba abatido. Y yo tanto o más destrozado que él por haber perdido a la mujer de mi vida. Él me dijo que tú te habías ofrecido a cuidarlo. Y, entonces, entendí la escena que había visto días antes en aquel pub. Ahora me doy cuenta de que todo fue un ardid para alejarme de ti.

—Karl... No puedo contener las lágrimas. Escuchar de la boca de Karl el plan perverso que arguyó Brian hace que aún sienta más odio por él. ¡Como lo odio!

—Ven, cariño—exige Karl envolviéndome en un tierno abrazo.—No vale la pena hacernos más daño con el pasado. Hoy, ha quedado demostrado que los dos fuimos víctimas de una mente perversa y manipuladora que sólo quería separarnos.

—Es cierto, pero no puedo evitar sentirme herida con todo lo que nos ha ocurrido. Brian es el padre de mis hijos—lloriqueo.

—Acercándose cariñosamente a mí, toma mis manos, las sube como ligeras plumas hasta sus cálidos labios y las besa con ternura una y otra vez.

—Karl...

—¿Sí?

—Me asombra la capacidad que tienes de devolverme a la vida.

—Esto es poco para todo lo que te mereces, princesa.

—Su boca ardiente se acerca a la mía.

—Aquel torrente de pasión que creía dormido en mi interior despierta de repente cuando Karl me besa con pasión, haciendo que tiemble de placer con cada caricia.

—Karl—suspiro cuando nuestros labios se alejan unos milímetros—, no sé yo si...

—Shhh... Cielo, ahora no es el momento de perder más tiempo.

¿Por qué no terminamos de cenar y te quedas conmigo esta noche? Tenemos mucho tiempo que recuperar. ¿Aceptas?

Durante un par de segundos, tres a lo sumo, medito mi respuesta hasta que logro articular:

—Acepto.

## 9

Derek y Michael son mi preocupación. Una llamada a Judith va a resolver toda mi ansiedad; pedirle encarecidamente que se quede con ellos esta noche es un alivio. Además me inquieta que Derek este inmovilizado todavía y necesite ayuda. La respuesta de ella no tarda en aparecer con un «sí» que se sostiene durante unos minutos. Se ofrece a quedarse con ellos todo el fin de semana si es necesario. Su emoción y deseo por que los planes con Karl den su fruto son evidentes. Más tranquila, decido darme la oportunidad que tantas veces he escuchado que me merezco. Karl ha sido el gran amor de mi vida y no es justo que deje pasar la ocasión que me regala el destino. Los miedos no me pueden superar. ¡Ya no!

—¿Nos vamos, Suzanne?

De pie, Karl saca la silla gentilmente en espera de que me levante. Sus manos me sirven de apoyo cuando me abraza apasionadamente y me susurra al oído:

—Hoy comienza la historia que dará el pistoletazo de salida al resto de nuestras vidas.

—Felicitas a Giuseppe por su amable atención—le digo en respuesta.

—¿Ha oído a la señora?—Karl le guiña un ojo al hombre.

—Sí—sonríe—. No tarden en volver. Gracias por su visita.

—Aquí nos verás más a menudo—añade Karl, risueño.

—El *maitre* cierra las puertas de cristal enmarcadas en madera de caoba tallada mientras subo al coche.

—Llegaremos en tan solo veinticinco minutos.

¿Por qué tanto tiempo? Si no recuerdo mal, su ático está en el centro y estamos a escasos diez minutos.

—¿Veinticinco minutos?—respondo extrañada.

—Hoy iremos a la casa del acantilado.—Me guiña un ojo y mi cuerpo responde a una descarga eléctrica que aún no sé de dónde ha brotado—. Mi familia me la ha cedido durante todo el fin de semana.

—Veo que lo tienes todo planificado.

—Esto es poco para todo lo que te mereces, Suzanne. —Cada vez que pronuncia mi nombre siento cómo mi estómago se estremece—. Recuperar el tiempo perdido si es mi gran plan. Eso no lo dudes.

—El viaje se hace ameno y divertido mientras recordamos el pasado.

—Karl, ¿te acuerdas de aquella vez que me enviaste aquella caja enorme con uno de los mensajeros de tu empresa? —Sonríe—. Era mi cumpleaños.

—Sí.

—Al abrirla me encontré con un ramo de globos de helio y un hermoso oso de peluche que decía...

—Te amo—susurra él—. ¿Cómo olvidarlo, Suzanne? Uff, no sabes lo que nos costó a Eliot y a mí meter todos aquellos globos en la caja. Esos detalles son los que dejan huella en una relación.

—Parados frente al gran portón, Karl se identifica. Lentamente se abren las pesadas puertas de metal ofreciéndome el perfil de los hermosos jardines de la mansión Verdet. Cada planta ha sido colocada con gusto y estilo incomparable. Los colores han sido elegidos primorosamente en los parterres. Particularmente a mí siempre me ha llamado la atención el sauce llorón que hay junto a la entrada. Sus ramas lagrimean hacia el suelo.

—Cariño, hemos llegado. Bienvenida a tú casa.

—Gra..., gracias. —Las palabras se amontonan en mi garganta por los nervios. Aún no me puedo creer lo que está sucediendo.

—Deja tu bolso donde quieras y... ponte cómoda.—Las manos de Karl se alejan de mis hombros y me siento desamparada—. Dame unos minutos, Suzanne.

—Sentada en el salón junto al gran ventanal que da hacia la terraza escucho el relajante murmullo de las olas y del viento cada vez que golpea los gaviones que configuran el muro que mantiene la mansión al borde del acantilado.

—¡Diosss! Los recuerdos empiezan a arremolinarse en mi cabeza, despertando lentamente en mi interior emociones que consideraba muertas.

—¿Brindamos?—Dos copas de champán ocupan sus manos. Me entrega una de ellas fijando su mirada ardiente sobre mis labios. Cada gesto insignificante que me hace con su mirada enciende la pasión que creía dormida en mi cuerpo. Un mundo de sensaciones eróticas e irresistibles se apodera de mí. Ansío poder sentir su lengua dentro de mi boca, sus brazos en torno a mi cintura, su sexo entre mis piernas... Cuando percibo que la tensión que existe entre los dos no puede ser mayor, Karl acerca su rostro al mío y, olvidándose de todo pudor, desliza su lengua dentro de mi boca. Su pasión me inspira, haciendo que me deleite con su sabor, suave y exuberante. Nuestras lenguas se encuentran, se seducen, se provocan intensificando el

delicioso deje que el champán nos ha dejado en el paladar. Un fuego lento, pero continuo, amenaza con envolvernos en llamas de un momento a otro.

—Emocionado, rodea mi cuello con sus brazos y hunde sus dedos en mi melena mientras su boca sigue unida a la mía y nuestras lenguas batallan a muerte.

—Acompáñame—me susurra al oído—. Tengo una sorpresa para ti.

—De la mano, recorremos el pasillo hasta la estancia principal. Disfruto observando los cuadros que hay colgados en las paredes. Antes de abrir las puertas de madera tallada de la habitación, Karl coloca sobre mis ojos un pañuelo de seda roja que se saca del bolsillo trasero del pantalón, acerca sus labios húmedos a mi oreja y, empleando un tono de voz espeso, cargado del mayor de los erotismos, murmura:

—Déjate amar, Suzanne. ¿Lo harás?

—Sí—respondo acalorada.

—Una vez dentro de la habitación, me dejo llevar.

—Con habilidad, Karl me coloca frente a él. Lo sé porque noto su respiración acariciándome la frente mientras seduce mis labios con las yemas de los dedos.

—De forma inesperada consigue robarme un gemido. Lo siento cerca..., muy cerca. Abre mi boca y muerde con suavidad mi labio inferior. Su lengua busca desesperadamente la mía mientras mis pulsaciones suben a mil por hora.

—Karl, ¡por favor!

—Suzanne, no temas. Solo deseo amarte.

—En lugar de apartarse de mí, Karl sigue sujetándome entre sus brazos mientras que mis dedos temblorosos recorren a tientas su mentón.

—A medida que dibujo un suave sendero sobre su piel, siento que su corazón se acelera cada vez más. Parecemos dos quinceañeros con las hormonas en efervescencia.

—El deseo de hacer el amor recorre cada centímetro de mi cuerpo. El pene de Karl cobra vida cada vez que acerca mi cuerpo al suyo. Yo estoy tan impaciente como él. Sin pudor, deslizo mis manos por debajo de su camisa para explorar sus pectorales. El aroma de mi excitación se apodera de él, invadiendo sus sentidos, provocando que su erección se pronuncie hacia el frente.

—La cremallera de mi vestido negro simula la caja de cristal en la que me muevo todos los días de arriba abajo hasta que la prenda cae sobre mis pies.

—Emocionado, Karl traza la curva inferior de mis pechos con los dedos hasta que los desliza por mi espalda para hacer caer mi sujetador.

—Mi cuerpo se pone en tensión cuando acaricia mis pezones, presionándolos entre los dedos índice y pulgar. Es tal el éxtasis que experimento que no puedo reprimir un gemido de satisfacción.

—Me levanta suavemente en el aire, acoplando mis piernas en torno a su cintura para que yo note su sexo, apoya mi espalda sobre la cama adornada con un manto de pétalos de rosas y, sin dejar de besarme, mequita el pañuelo que cubre mis ojos.

—Tardo unos segundos en aclimatarme a las sombras que se ciernen sobre la habitación. Cuando mi respiración se convierte en un jadeo intermitente y febril, Karl desliza una mano para acariciarme el clítoris y llevarme al límite de la excitación.

—Mmm—musito contra su cuello.

—Los ojos de Karl se encuentran con los míos. Recorre con sus dedos la línea de mi sexo, adelante y atrás, enviando pequeñas sacudidas de placer a través de mi cuerpo. Siento el hormigueo del placer sobre los labios de mi sexualidad. Hacía mucho tiempo que no me sentía tan plena, tan feliz... Gimo.

—Y Karl jadea conmigo.

—Está ansioso... Febril.

—Desea penetrarme.

—Y yo... Yo ansío que se mueva en mi interior.

—Su respiración se entrecorta cuando mi cuerpo se acopla al suyo.

—Cierro los ojos... Y floto.

—Vago en un mar de sensaciones; esas que son fruto del orgasmo que ya está cerca.

—Me corro.

—Nos corremos... Y es en ese momento cuando Karl aprovecha para cubrir mi cuello con besos húmedos que me elevan hasta el séptimo cielo.

—Mmm... —El sonido del placer se escapa de su garganta demostrándome que estamos satisfechos a partes iguales. En sus magníficos labios se dibuja una sonrisa de satisfacción—. Suzanne...

—¿Ajá?

Entre besos y caricias que duran hasta el despuntar del alba, Karl susurra en mi oído:

—¡Jamás me aburriré de darte placer!

# *Epílogo*

Casi un año después... La tragicomedia de mi vida ha dado un giro de ciento ochenta grados. Me han ocurrido cosas que jamás me hubiera imaginado. El temor de hacerle daño a «La Flaca» no me ha permitido en todo este tiempo enfrentarme a ella para contarle con sinceridad todo lo que me ocurrió con Lexter. Hoy, el tricentésimo sexagésimo cuarto día del año, justo a un día de cumplir el año que mi hermana y yo no hablamos, después de una larga conversación con Karl, he decidido que ha llegado el momento de contarle a mi hermana todo lo que aconteció.

—Estamos en mi nuevo hogar, sentadas frente a una taza de café.

—Me da vergüenzacontarte esto, Flaca, pero... —Trago saliva para aclararme la garganta—. Tu marido es el culpable de que tú y yo nos hayamos distanciado. Me hizo sufrir mucho. Y a Judith también. La vergüenza que siento es más por ella que por mí misma. .

—Lo sospechaba—dice con voz entrecortada.

—Deberías alejarte de él.

—No sé si podré.

—Tienes que hacerlo.

—Jamás me he atrevido a dejarle por miedo—lloriquea—. Es el único que trabaja encasa y...

—Tranquila.

—Desde que mi hermana se casó con Lexter, mi hermana nunca ha vuelto a trabajar. Mi cuñado siempre ha querido que se dedique en exclusiva al cuidado de sus hijos y de la casa.

—Esa situación—me dice, refiriéndose al hecho de no haber podido desarrollarse profesionalmente—, me ha causado demasiada frustración todos estos años.

—Y ¿por qué no lo has dejado nunca?

—No he tenido la valentía de hacerlo, Suzanne. Tú siempre has sido más fuerte que yo. Dejaste a Brian porque no se merecía que le dedicaras más años de tu vida, pero...

—Lo mismo pienso de tu relación con Lexter. Ya es hora de que pienses en ti.

—Desde el mal rato que pasé en el aparcamiento de la torre donde

trabajaba, «La Flaca» y yo sólo hemos podido comunicarnos por teléfono cuando Lexter estaba fuera de casa. Judith siempre ha hecho de puente entre las dos, ha sido la que ha recogido mis cartas y se las ha entregado a mi hermana. A Lexter no lo he vuelto a ver. Ni quiero.

—Están buscándolo, Suzanne.

—¿Por qué?

—Por acosar a una menor.

—A Judith y a mí también nos acosó. ¿Dónde está? No me engañes, por favor. Si ha actuado mal, es muy importante que lo denuncies para que lo encierren.

—No lo sé. —Por la tristeza que se ha apoderado de los ojos de mi hermana, sé que no me está engañando—. ¿Sabes algo de Judith? Hace semanas que... La voz se le entrecorta. La vida le está dando un gran varapalo del que no sé si algún día se recuperará.

—Me llama todos los días para recordarme que me extraña.

—Es una gran amiga.

—Lo es. —Sonríe—. Sigue trabajando en la recepción de MG Asociados. Me echa mucho de menos. Al parecer, la chica que me sustituyó es un poco rancia.

—Como tú no hay nadie, Suzanne.

—Desde que Karl y yo nos dimos una oportunidad, Judith y yo nos vemos menos. Por lo general, quedamos el último fin de semana de cada más.

—De ahí que tus cartas fueran tan espaciadas.

—Claro—admito—. Ella fue mi puente de papel al principio. Ahora está saliendo con el gerente de ventas de la empresa de importación de acero que se encuentra en el piso catorce, y su disponibilidad es menor.

—Lo entiendo. La voz de mi hermana denota mucho pesar. Envuelvo sus manos entre las mías y le digo:

—Judith está feliz. Siento que los planes con ese chico van en serio.

—Se merece a alguien que la quiera. De hecho, tú también te lo mereces.

—Yo no creo que... Bah, da igual. ¿Cómo están Derek y Michael? El giro de la conversación me llama la atención.

—Han terminado el curso con buenas notas, cosa que me alegra como madre.

—Me alegro. —Su sinceridad es real.

—A Derek lo han fichado para el equipo de fútbol de la región.

—¿Sí?—Abre los ojos de par en par.

—Sí—sonríó emocionada—. Lo ha fichado un club alemán. Si todo va bien, el año que viene tendrá que irse a vivir a Düsseldorf.

—¡Cuánto me alegro, Suzanne! ¿Y Michael?

—Ya lo conoces... Durante todo este tiempo, Michael ha seguido inmerso en sus lecturas y se ha propuesto tomarse un año sabático cuando termine el bachillerato. Dice que quiere viajar y conocer mundo.

—Y ¿cómo pretende pagárselo?

—No lo sé.—Me encojo de hombros—. Pero estoy convencida de que conseguirá hacer todo lo que se proponga. A pesar de que es un adolescente retraído, tiene las ideas muy claras.

—No te puedes hacer a la idea de lo orgullosa que estoy de mis sobrinos.

—Yo también estoy muy orgullosa de ellos. Y lo estaré aún más cuando me digas que te has separado legalmente de...

—No lo menciones, Suzanne—me suplica mi hermana. Hago un gesto con los dedos sobre los labios, como si estuviera cerrando un candado. Luego me acerco a la ventana, la abro y lo tiro al vacío.

—Mis labios están sellados.

—Gra..., gracias —tartamudea «La Flaca».

—No tienes que dármelas.

—Oye, dime una cosa... ¿Estás trabajando?

—Sí. Después de la noche tan maravillosa que Karl y yo pasamos en la mansión del acantilado empecé a trabajar como secretaria para el gerente de producción de una gran empresa. He de reconocer que dar el salto desde la cabina acristalada a un despacho donde todo hay que gestionarlo a través de un ordenador no ha sido fácil, pero estoy muy contenta del cambio que he dado.

—¡Cuánto me alegro, Suzanne!

—Y yo... —Sonríó. Desde hace casi un año no puedo hacer otra cosa—. Karl y yo hemos cumplido ya nuestras bodas de papel. ¿Te lo puedes creer? Contra viento y marea pudimos dejar atrás aquella historia de engaño y traición que nos acompañó durante tantos años. Nunca podré olvidar a aquella señora que apareció en mi camino para recomendarme que unas simples velas podían modificar mi suerte. .

—Suzanne, tu destino con Karl ya estaba trazado desde el día que dejó en tu buzón la carta que años después actuaría como un puente de papel para sellar vuestro amor.

—Tienes toda la razón, Flaca.

—Mereces ser feliz.

—Gracias a aquel trozo de papel manuscrito, hoy puedo decir abiertamente que lo soy. ¡Sí, claro que sí! ¡Soy feliz! ¡Muy feliz!

FIN

# ÍNDICE

1

2

3

4

5

6

7

8

9

Epílogo